

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

En nombre de Alá misericordioso

He aquí una noticia que forzosamente tiene que provocar la alarma entre las personas pacíficas y de buenos sentimientos: alguien está invirtiendo una enorme cantidad de millones de dólares comprando cientos de carros de combate que deben ser entregados en África. Claro que esos carros de combate son de los que ya han sido considerados como obsoletos en los ejércitos de los países poderosos, como Estados Unidos y Rusia, por ejemplo, o sea, que han pasado a ser considerados de «bajo rendimiento». Pero aun así, ¿no es normal que semejante compra masiva provoque la alarma general? Porque vamos a ver: ¿para qué sirven los carros de combate sino para combatir? Así que, alarmada, me voy a África, dispuesta a saber la verdad. Y aquí, conozco a un personaje encantador que hace que renazca mi fe en el ser humano cuando me dice para qué quiere los carros de combate. Se trata del Gran Emir Yusuf Suleiman, quien actúa, claro está, en nombre de Alá misericordioso.



Lou Carrigan

En nombre de Alá misericordioso

Brigitte en acción - 493

ePub r1.2
Titivillus 26.09.2021

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—¡De modo que preferiste tomarte unos días de vacaciones en Capri antes que reunirte conmigo en Barcelona! —exclamó finalmente Frank Minello, al parecer muy enfadado.

—No fue así exactamente, Frankie —protestó Brigitte.

—¿No? ¿Cómo fue exactamente?

—Bueno, digamos que me encontré en una situación en la que tenía que elegir entre dos decisiones, y opté por la que me pareció la más acorde a mi modo de ser.

—¡Lo que significa que preferiste la compañía de un Simón cualquiera a la mía!

—Tampoco fue así exactamente —comenzó a enfadarse Brigitte.

—¿Pues cómo fue?

—La situación era la siguiente: el Simón que se hallaba en Capri estaba herido, como consecuencia de haberme prestado su colaboración en Grecia[1], lo cual le elevaba muy por encima de la categoría de un «Simón cualquiera»…, dejando aparte el hecho de que para mí todos los Simones son dignos de la misma estima. En cualquier caso, ese Simón estaba herido y solo, mientras que tú te hallabas tan ricamente disfrutando en Barcelona en compañía de colegas de todo el mundo y presenciando un encuentro mundial de atletismo, es decir, en tu ambiente y pasándotelo en grande.

—¡Fue un desastre!

—¿El qué?

—¡Todo! ¡La compañía de mis colegas no puede compararse a tu compañía, estuvo lloviendo, el estadio se inundó, y las competiciones fueron un desastre todavía mayor!

—Vamos, no exageres —terminó por reír Brigitte, y de pronto frunció el ceño—… ¿El estadio olímpico de Barcelona se inundó?

—¡Eso he dicho!

—Pero… ¿no es un estadio nuevo… o prácticamente nuevo?

—Es un estadio remodelado, es decir, reconstruido. ¡Pero se inundó, eso es todo!

—Zambomba —abrió Brigitte mucho sus bellísimos ojos—… Pues si ahora, en mil novecientos ochenta y nueve, y recién reconstruido, ese estadio se inunda…, ¿qué pasará en mil novecientos noventa y dos, cuando se celebren las Olimpíadas?

—¡Todo será un desastre universal!

—La verdad es que hoy no se puede decir que estés de buen humor. En lo que a mí respecta, pienso que los encargados de los Juegos Olímpicos en Barcelona habrán tomado buena nota de este fracaso y sabrán estar a la altura de las circunstancias cuando llegue el momento.

—¡Para entonces quizá yo haya muerto!

—Sí, es una posibilidad —rió Brigitte—. Pero por el momento estás vivo. Y yo también. Así que dime: ¿qué puedo hacer para que se te pase todo ese enfado que te hace parecer más viejo y más feo y menos saludable?

—No creo que quieras hacer nada por mí.

—Por el contrario —se sorprendió Brigitte—: por ti soy capaz de hacer muchas cosas, Frankie.

—¿Por ejemplo?

—En realidad, haría cualquier cosa por ti.

—¿Lo harías? —Se excitó Minello—. ¿De verdad lo harías?

—Claro que sí.

—¡Dame tu palabra de reina!

—Ya no soy reina, Frankie. Sí que lo fui hace muchos años, pero ya no lo soy [2] .

—¡Quiero decir tu palabra de reina del espionaje!

—Ah, eso sí creo serlo —sonrió la divina espía—, de modo que puedo dar perfectamente mi palabra de reina. ¡Pero cuidado, porque si ahora pretendes abusar de mi generosidad quizás al final no te conceda nada!

—Lo que voy a pedirte es muy sencillo: dame un beso de esos tan maravillosos a fin de conseguir que yo deje de parecer más viejo, más feo y menos saludable. Luego, nos vamos a cenar juntos. Después, a tomar unas copas en algún ambiente divertido. Después venimos aquí, hacemos el equipaje y nos vamos de luna de miel al Caribe.

—¿De noche? —No podía dejar de reír Brigitte.

—¿Qué tiene de malo la noche? A mí me parece maravillosa…, ¡sobre todo para hacer el amor!

—No estoy de acuerdo contigo. La noche es para dormir.

—Entonces… ¿cuándo se puede hacer el amor?

—En todo momento. Pero es más bonito a la luz del sol.

—¡Acepto! ¡Sabré esperar hasta el amanecer!

—De acuerdo.

—Bueno, pues empieza con el beso —estaba fascinado Minello.

—Muy bien.

Estaban los dos en el salón del apartamento de Brigitte, Minello sentado en un sillón, y Brigitte, como siempre, en el centro del sofá, como una auténtica reina en un trono a la medida que merecía. El sol de septiembre ponía resplandores polícromos en el exterior. En Central Park la luz solar debía de estar palideciendo. Inmediatamente debajo de la gran terraza del apartamento de Brigitte, veintisiete pisos por encima de la Quinta Avenida, en ésta todo era un caos perfectamente controlado de peatones y automóviles.

Brigitte se puso en pie, se acercó a Minello, y se sentó en sus rodillas. Acto seguido, le besó suave y dulcemente en la boca.

Frank Minello ya no se enteró de nada más. Sólo se dio cuenta de que acababa de abrir los ojos, vio a Brigitte sentada de nuevo en el sofá y mirándole deliciosamente divertida…, y, en otro sillón, mirándole con expresión entre socarrona y perversa, vio a Charles Alan Pitzer, es decir, el jefe de la CIA en el Sector de Nueva York. Para Brigitte era simplemente «tío Charlie», su jefe desde hacía tanto tiempo…

—¿Qué tal, Frankie? —saludó Pitzer.

—Muy mal. Estaba teniendo un sueño maravilloso, pero se ha convertido en una pesadilla.

—Caramba, cuánto lo siento. ¿Cuál es la pesadilla?

—Que lo estoy viendo a usted.

—Ya. ¿Y el sueño maravilloso?

—Soñé que Brigitte estaba sentada en mis rodillas y me besaba con amor enloquecido.

—¡Frankie, eso no ha sido un sueño, sino una realidad! —Rió Brigitte—. Y al parecer te gustaba tanto que perdiste de vista la

realidad. Lo malo es que mientras has estado flotando en el maravilloso mundo de mi beso de amor ha llegado tío Charlie, y tú ni siquiera te has dado cuenta.

—Parecía usted dormido —dijo Pitzer—, y realmente su expresión era de auténtica felicidad, yo diría que incluso de éxtasis celestial.

—Maldita sea su estampa —farfulló Minello—… ¡¿Se puede saber qué demonios ha venido usted a hacer aquí?!

—A ver si lo adivina —sonrió de nuevo perversamente Pitzer.

—¡A encargar a Brigitte alguna de sus sucias misiones! Pero le voy a decir una cosa, viejo buitre carroñero: ¡ella no se irá de Nueva York sin haber cenado conmigo, sin haber ido por ahí a ver gente rara y tomar unas copas, y sin darme el beso de la despedida a las dos de la madrugada!

—Menuda juerga —se admiró Pitzer—. Pero por mí está bien.

—¿De veras? —Se pasmó Frankie—. ¿No se propone usted, como es habitual, darle prisas a Brigitte para que vaya a jugarse la vida a cualquier parte del mundo?

—No creo que la cuestión sea tan peligrosa —rechazó Pitzer—. Y además, no hay prisa. A fin de cuentas, lo que está sucediendo no es nada que pueda resultar inquietante.

—¡Zambomba, menos mal! —exclamó Frank—. ¿Y qué es lo que está sucediendo?

—Una tontería: un sujeto llamado Nemo Sartorius está negociando en Roma la compra de todos cuantos viejos carros de combate quieran venderle.

La mirada de Minello saltó un instante hacia Brigitte, que apenas había alzado las cejas al oír la explicación de Pitzer. Rápidamente, la sobresaltada mirada de Minello regresó al jefe de espías.

—¿Y para qué los quiere? —murmuró.

—Bueno —movió la cabeza Pitzer—, a mí no se me ocurren muchas cosas que puedan hacerse con unos cuantos carros de combate, francamente.

—Pero… esto es absurdo. Si algunos departamentos de guerra le están vendiendo carros de combate a ese Sartorius será porque ya están en desuso, vamos, poco menos que convertidos en chatarra, ¿no?

—Por supuesto. Salvo que algún departamento de guerra se haya

vuelto loco, cosa que me permito dudar.

—O sea, que ese hombre está comprando chatarra.

—Prácticamente chatarra, en efecto. A buen precio para él, claro. En cuanto a los departamentos de guerra que se están desprendiendo de esa chatarra, están encantados, claro.

—Zambomba, ¡ese Sartorius debe de estar loco! —exclamó Frank.

—Supongo que no hay muchos Nemo Sartorius en el mundo —dijo de pronto Brigitte—, así que posiblemente usted se refiere al Nemo Sartorius en el que yo estoy pensando, tío Charlie.

—Yo diría que sí. Y eso es lo que verdaderamente nos tiene sorprendidos y desconcertados. ¿Para qué puede querer un hombre como Nemo Sartorius todo ese… aparato bélico? No tiene sentido.

—Pero… ¿quién es ese sujeto? —Se impacientó Minello.

—Un intelectual pacifista —replicó Brigitte.

Frank Minello quedó pasmado, con la boca abierta y expresión perdida. Por fin, sacudió la cabeza.

—No debo de haber oído bien —gruñó—. Además de viejo, feo y enfermo, estoy sordo.

Brigitte miró a Pitzer, y deslizó:

—La pregunta es: ¿quién le está financiando esas compras a Sartorius? Porque resulta que, además de ser un intelectual pacifista, no es precisamente un millonario.

—¡Todos los intelectuales son unos muertos de hambre! —exclamó Frank.

—Tampoco es para tanto —protestó Brigitte—. Y menos, en el caso de Nemo Sartorius. Decir que no es millonario no significa decir que es un muerto de hambre. Tiene dinero, según parece vive agradablemente…, pero de eso a comprar todos cuantos carros de combate le ofrezcan, hay un abismo.

—Y además —quedó perplejo Frankie—, ¿dónde los meterá? Porque una cosa es tener tres o cuatro coches y un amplio garaje, y otra cosa es tener, por ejemplo, veinte o treinta carros de combate.

—Inteligente planteamiento, Frankie —aprobó Brigitte, y miró de nuevo a Pitzer—… ¿Cuántos carros ha comprado hasta el momento?

—Doscientos sesenta.

—¡Zambomba! —gritó Minello.

—¿Y dónde los va… almacenando? —inquirió Brigitte.

—Tal como los va comprando los va enviando a diferentes puntos de la costa de África.

Brigitte asintió, y permaneció pensativa unos segundos. Por fin murmuró:

—Una de las cosas de las que podemos estar seguros es de que Sartorius no es tonto. Por tanto, sea lo que sea lo que pretenda hacer con esos carros de combate, tiene que ser algo inteligente. Y utilizar esos carros de combate para emprender una guerra sería una necedad absolutamente impropia de él. Por lo tanto… ¿para qué quiere doscientos sesenta carros de combate?

—Sigue comprando —advirtió Pitzer—. Y no parece que tenga intención de parar. Es claro que los compra a unos precios irrisorios, prácticamente como chatarra, pero él sigue comprando carros de combate.

—¿Qué dicen nuestros analistas de la CIA respecto a este asunto?

—Nuestros analistas están haciendo muchas especulaciones, pero con la gran desventaja que significa enfrentarse a una persona como Sartorius, es decir, un intelectual.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —se interesó Minello.

—Los analistas de la CIA son gente… imaginativa —explicó Brigitte—, pero siempre parten de unos mínimos razonamientos lógicos para efectuar sus análisis. Quiero decir, razonamientos de gente cuya línea digamos creativa es mínimamente previsible.

—¿Y la de Nemo Sartorius no lo es?

—Francamente, no —rió de pronto Brigitte—. Pero te lo explicaré con más detalle, Frankie. En realidad, la línea mental y creativa de Sartorius es, forzosamente, normal y humana, digamos que no puede salirse de los cauces razonables del pensamiento. Basándose en esto, los analistas de la CIA pueden especular, por ejemplo, sobre los propósitos de Rusia si ésta decide instalar un molino de viento en Siberia. De acuerdo a la lógica, Rusia instalaría ese molino con un objetivo concreto, lógico y razonable, por muy rebuscado que fuese. Podía instalarlo, por ejemplo, para sacar agua, romper la monotonía del paisaje, señalizar una futura autopista…, cosas más o menos extravagantes pero que, al final, tendrían un sentido y una lógica mínimas.

—¿Y Sartorius no lo haría así?

—A Sartorius quizá se le ocurriría colocar un molino de viento en Siberia como un monumento a la memoria de los que nunca fueron rusos y estuvieron viviendo en Holanda sin comer jamás queso.

—¡Menuda majadería!

—No para Sartorius. De modo que… me gustaría muchísimo saber qué idea le ha impulsado a comprar carros de combate.

—Tal vez, simplemente, quiera hacer la guerra…, alguna guerra. Es tan evidente que se le puede ocurrir a cualquiera, y precisamente por eso nadie puede esperar que Sartorius pretende hacer una guerra o fomentar alguna guerra de alguna manera… No sé si me he explicado.

—Claro que sí, Frankie. E incluso podrías tener razón: ¿y si de alguna manera Sartorius, simplemente, está haciendo algo que puede desembocar en una guerra?

—Entonces ya no sería un intelectual pacifista, sino un intelectual hijoputa, ¿no?

—La última vez que vi a Sartorius no era ni mucho menos un hijoputa —murmuró Brigitte—… Era un hombre delicado y encantador. Y me consta que es tan inteligente que algunas personas se asustarían sólo de hablar con él. Pero el tiempo hace cosas muy extrañas, Frankie…, incluso con las personas de alta calidad.

—Quizá se ha cansado de no ver suficientemente recompensado su talento y ha decidido utilizarlo para encumbrarse financieramente.

—Quizás. En cualquier caso, me voy a Roma. Estoy segura de que Sartorius se llevará una buena sorpresa al verme.

Capítulo II

La sorpresa se la llevó la señorita Montfort, y no fue precisamente agradable.

—No es posible —murmuró, mirando fijamente al criado que la había atendido en las verjas de la villa—… El señor Sartorius no puede haber dicho eso.

—Lo siento mucho, señorita —se condolió el criado.

—Nos vemos de tarde en tarde, pero somos excelentes amigos. Él no ha podido decir que «no conoce a ninguna jodida Brigitte Montfort».

—Le aseguro a usted que yo jamás diría una cosa así por mi propia iniciativa, señorita.

—Sí, claro… Entiendo. Bien, buenos días.

—Buenos días, señorita.

Brigitte dio la vuelta, y comenzó a alejarse de la villa. Se detuvo cuando había recorrido apenas treinta metros, y se volvió a contemplarla especulativamente.

Había llegado allí siguiendo las indicaciones que le habían dado en el hotel de Roma donde el señor Sartorius había estado alojado hasta hacía unos pocos días. Ahora, el señor Sartorius se hallaba instalado en una villa preciosa, ubicada cerca del mar, en la turística localidad costera de Lido di Ostia.

Brigitte había llegado hasta allí en un espléndido BMW que había alquilado, y en el cual tenía su equipaje…, incluido el maletín rojo con florecillas azules estampadas en el cual portaba sus trucos de espía…

¿Qué significaba eso de que el señor Sartorius no conocía a ninguna «jodida» señorita Montfort? ¡Vaya si se conocían! Se conocían lo suficiente para que en más de tres ocasiones Sartorius le hubiera pedido a Brigitte una noche de amor, y no precisamente de amor platónico, sino del más clásico estilo sexual, incluso

orgiástico. Nada que oponer a esto. Una noche de sana orgía sexual no perjudica a nadie. Pero… ¿el señor Sartorius no conocía a la «jodida» señorita Montfort?

—Eso ya lo veremos —murmuró Brigitte.

Todavía estuvo unos segundos contemplando la villa. Es decir, lo que podía verse desde allí: verjas, pinos enormes de frondosa copa de un tono verde esmeralda, y, por entre verdor de pinos y variado colorido de flores, el vislumbre de las blancas paredes de la casa y su rojo tejado.

Brigitte se metió en el BMW y se alejó del lugar. Poco después localizaba cerca de la playa un restaurante que le pareció agradable y simpático, y decidió almorzar allí, lo que hizo a su entera satisfacción, a base de pescado fresco y un poco de marisco. Pero no con champán, como era habitual en ella, sino con un delicioso Valpolicella italiano, por no desairar al obsequioso propietario, al que sin duda advirtieron que aquella mañana tenía en su local una clienta de excepcional belleza, y no quiso perderse el espectáculo.

Hacia las tres de la tarde, Brigitte había tomado su decisión: cambiaría su aspecto, adoptaría el nombre de Erika Wolf, y se presentaría de nuevo en la villa de Sartorius como una persona que representaba a otras personas que podían venderle carros de combate al señor Sartorius.

—Por favor, sea tan amable de acompañarme —dijo el criado.

Era el mismo criado de por la mañana, igualmente serio y correcto. Había recibido a la señorita Wolf con la misma cortesía que por la mañana a la señorita Montfort.

La diferencia entre ambas visitas estaba en que el señor Sartorius sí iba a recibir a la señorita Wolf.

—Será mejor que llegue hasta la casa con el taxi —dijo Erika Wolf—, y supongo que no habrá inconveniente en que me espere.

—Como guste.

Erika Wolf se metió en el taxi, que cruzó las verjas poco antes abiertas por el criado. Cuando éste llegó ante la casa, la visitante esperaba enfrente, y el conductor del taxi, que parecía encantado de la vida, lo estacionaba a la sombra de uno de los pinos que cercaban la explanada. A la derecha se vislumbraba el reflejo del sol en las azules aguas de una piscina de forma caprichosa.

—Por aquí, por favor —pidió el criado.

Entraron ambos en la casa. A la derecha había una doble puerta abierta, y el criado se dirigió hacia allí. El vestíbulo estaba decorado con cuadros de luminoso colorido y grandes tiestos con plantas.

El criado llegó ante la doble puerta, se colocó a un lado, y anunció:

—La señorita Wolf.

Ésta entró. Enseguida vio a Sartorius, acudiendo hacia ella mostrando una de sus encantadoras sonrisas de *enfant* terrible, de monstruo del pensamiento, de usuario de una inteligencia digna de otro planeta, no de la simple y vulgar Tierra.

—Señorita Wolf —se dirigió a ésta en perfecto alemán—, sea bien venida. ¿Me permite decirle que es usted encantadora?

—Se lo permito —sonrió Erika, hablando también perfectamente en alemán—, aunque es evidente que usted se pasa de amable, señor Sartorius.

Éste volvió a sonreír, mientras estrechaba su mano. Erika Wolf, ciertamente, no resultaba encantadora, pues el disfraz que había seleccionado la convertía en una mujer maciza, de cabellos rubios, ojos oscuros protegidos por gafas de gruesa montura, y espesas cejas hirsutas. Unas almohadillas de plástico especial introducidas en la boca, y unos aros asimismo de plástico deformando la nariz, hacían de Brigitte Montfort un personaje muy diferente físicamente.

—En realidad —dijo Sartorius—, cuando yo hablo de «encanto» nunca me refiero solamente al aspecto físico. Podríamos decir que apenas ha aparecido usted por esa puerta yo he percibido unas vibraciones espirituales que la definen a usted como una persona encantadora. Y créame: yo en esto NUNCA me equivoco.

—No sé qué decir… De verdad, es usted muy amable.

—¿Aceptaría una copa de champán?

—Oh, sí… ¡por supuesto!

—Espléndido. Espero que haya tenido buen viaje.

—Sí… Sí, en efecto.

—¿Me disculpa un instante, por favor? Acomódese a su gusto.

Nemo Sartorius fue a la puerta, donde esperaba el criado, con el cual conversó brevemente, mientras la señorita Wolf se sentaba en el centro de un precioso diván de raso blanco con bordados de flores azules.

Todo era elegante y de artística calidad allí, desde las verjas de

la entrada a la villa al propio Sartorius, pasando por la piscina, la decoración, los jarrones de porcelana sajona con flores naturales…

Pero, ciertamente, el personaje central era Sartorius. Tenía que ser así, dondequiera que el intelectual se hallara. Era alto, esbelto, de aspecto románticamente frágil, y su rostro era de una fealdad insólitamente atractiva. Sus ojos oscuros eran pequeños y vivaces, su boca grande parecía ostentar en todo momento una mueca entre lo simpático y lo sardónico. Su amplia frente aparecía todavía más despejada debido a la incipiente calvicie, que compensaba dejando largos sus cabellos rubios con muy escasas canas.

Brigitte sabía que aquel hombre tenía cuarenta y cinco años. Y no se engañaba con él, le conocía bien: su inteligencia era enorme…, casi tanto como el sarcasmo con que a veces trataba a sus congéneres.

«—Congéneres —solía decir Sartorius—, pero no mis semejantes. No tengo más remedio que aceptar que biológica y fisiológicamente, soy igual a mis congéneres, pero, por favor, nada de que soy "igual" o "semejante" a ellos, a esos macacos de la inteligencia».

No, Nemo Sartorius no era precisamente caritativo con aquellos seres humanos cuyo nivel de inteligencia era inferior al suyo…, lo cual ocurría prácticamente siempre.

El personaje regresó al centro del salón, y se sentó en un sillón frente a Erika Wolf.

—Osvaldo nos traerá el champán inmediatamente —informó, sonriendo—… Me he permitido encargarle que despida su taxi. Me encantaría tenerla como invitada en casa.

—Tengo la impresión de que eso sería muy agradable —sonrió a su vez Erika—, pero no he venido preparada para pasar la noche aquí, *Herr* Sartorius.

—Entiendo. Tal vez en otra ocasión.

—Sí, en otra ocasión.

—Naturalmente, podrá disponer de uno de mis coches para regresar a Roma.

—Asunto solucionado, pues —asintió la falsa alemana—. Señor Sartorius: ¿cuántos carros de combate podría usted comprarme?

—Todos los que usted pueda venderme.

—Ya. Podrían ser muchos. Quiero que sepa que estoy aquí en representación de varios vendedores que han decidido unirse para

efectuar esta venta.

—Se los compro todos. Naturalmente, lucharemos por el precio, pero será una lucha amistosa.

—¿Compraría usted mil seiscientos carros, señor Sartorius?

—Por favor, llámeme Nemo, señorita Wolf.

—Por favor, llámeme Erika —sonrió ésta—. ¿Los compraría?

—Ya están comprados.

—¿Realmente tiene usted treinta y dos millones de dólares? Quiero decir, treinta y dos millones más, pues ya se ha gastado bastantes en anteriores compras a otros vendedores. ¿Cuánto dinero lleva usted gastado hasta el momento?

—Digamos que no más del que puedo invertir —sonrió Sartorius —. ¿Treinta y dos millones de dólares? Vamos, Erika, ¡no pretenderá cobrarme veinte mil dólares americanos por un viejo carro de combate, pura chatarra…!

—Cuando hablamos de dólares, siempre se entiende que son dólares americanos —puntualizó a su vez Erika—. Los dólares canadienses, por ejemplo, no son demasiado interesantes, y no digamos los dólares de Hong Kong. ¿Le parece caro un carro de combate por veinte mil dólares? Y permítame decirle que «mis» carros de combate no son chatarra, ni mucho menos. Están casi en perfectas condiciones.

—En perfectas condiciones… ¿para qué?

—¿Para qué ha de ser? —se sorprendió Erika—. ¡Para combatir! ¿Acaso no los quiere usted para eso?

—Veinte mil dólares es un precio demasiado alto —eludió la respuesta el intelectual—. Vamos a regatear muy duramente, ya me doy cuenta…, pero mientras tanto, usted sigue siendo mi invitada…, y aquí tenemos el champán.

Osvaldo entró empujando un carrito sobre el cual había un cubo de plata conteniendo una botella de champán y hielo picado. Las copas en las que lo sirvió eran de cristal de Bohemia, y el frescor del champán era sencillamente delicioso.

—Es una de las pocas cosas aceptables que tienen los franceses —comentó Erika, tras el primer sorbo.

—¿No le gustan los franceses? —Alzó las cejas Sartorius.

—Me gustan más los esquimales.

—¿De veras? —Se sorprendió realmente el intelectual—. ¿Por

qué motivo?

—Porque no son franceses.

Sartorius quedó un instante perplejo. Luego, se echó a reír, y sirvió personalmente más champán a su visitante.

—¿De qué parte de Alemania es usted, Erika?

—De San Diego, California.

Nemo se echó a reír en verdad divertido.

—¡Usted y yo nos entenderemos muy bien! —exclamó.

—¿Incluso en el precio de los carros de combate?

—¡Por supuesto! Se los compro a diez mil.

—Dieciocho mil.

—¿Once mil?

—Diecisiete mil y cerramos el trato ahora mismo.

—Se los pago a trece mil si me los deja en el punto de destino.

—Dieciséis mil por pieza y antes de un mes los tiene todos donde usted quiera.

—En las condiciones en que usted acaba de ofertar, se los compro todos a quince mil.

—Vendidos.

—Comprados —Sartorius volvió a reír—. Bueno, de cuando en cuando resulta reconfortante conversar con monitos adecuadamente evolucionados.

—El veinticinco por ciento por adelantado, Nemo.

—Puedo extenderle un cheque contra un banco suizo ahora mismo. Pero tendrá que ser un cheque nominativo. Y, por favor, no me diga que lo extienda a nombre de Erika Wolf.

—No puedo darle a usted ningún nombre sin consultarlo antes.

—No puedo darle a usted ningún cheque sin saber a nombre de quién debo extenderlo.

—Entendidos. Creo que lo mejor será que regrese a Roma para hacer una llamada telefónica.

—Puede llamar desde aquí, si lo desea.

—No, gracias —rió Erika—... ¿Sería usted tan amable de satisfacer una curiosidad personal, Nemo?

—Pregunte.

—¿Qué pinta usted en un negocio como éste? Al parecer, está dispuesto a invertir muchos millones de dólares en la adquisición de carros de combate, y eso nos intriga... Es decir, a mis representados

les intriga de dónde saca usted el dinero, y a mí me intriga qué pinta usted en esto. ¡Por más que pienso no puedo relacionar el intelecto de primera línea con un carro de combate!

—Siento tener que negarle esa información, Erika. Mis proyectos han de permanecer en secreto, por el momento.

—¿Sus proyectos? ¡Oh, vamos…! Usted es incapaz de utilizar un carro de combate en nada, Nemo. Es evidente que está actuando de intermediario, y me parece bien, si puede ganarse un buen dinero, pero… ¿a quién se le ocurrió meterlo a usted en un asunto como éste? Hay por ahí militares, paramilitares y mercenarios de alto nivel que podrían estar encargados de esto con más… soltura que usted. ¿Por qué interviene usted?

—Es natural que uno cuide sus propios asuntos, ¿no le parece?

—Como quiera —suspiró como resignada Erika Wolf—. Una última pregunta, y ya no le molestaré más con mi curiosidad. ¿Conoce usted a la periodista norteamericana Brigitte Montfort?

—Naturalmente. Es una persona conocida en todo el mundo, y como precisamente ella es de una calidad intelectual que se aproxima a la mía, me ha llamado la atención alguna que otra vez.

—Alguna que otra vez —murmuró Erika—. Al parecer, usted ignora que Brigitte Montfort ha estado aquí esta mañana.

—¿Cómo sabe usted eso?

—¡Por favor…! ¿Le sorprende que esté usted… discretamente controlado? Esta villa debe de estar sometida a un… proceso de control bastante riguroso, tanto por personas de profesión digamos aventurera como por agentes de diversos servicios secretos. Algunos de ellos siguieron a Brigitte Montfort después de que ella estuvo aquí y se marchó sin lograr ser recibida. Dejaron de seguirla cuando ella emprendió regreso a Roma, hacia las tres de la tarde. Evidentemente, todos pensaron que Brigitte Montfort, como periodista, quería entrevistarlo a usted, por supuesto para conseguir alguna información sobre sus compras de carros de combate…, pero a mí se me ha ocurrido otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Brigitte Montfort, al igual que usted, es una intelectual. ¿Quizá también está relacionada con este asunto? ¿Es amiga suya?

—No y no.

—Pero ella estuvo aquí esta mañana, ¿lo sabía usted?

—Por supuesto. Intuí que pretendía esa entrevista, y ordené que la alejaran de aquí. Pero ahora pienso que posiblemente ella me habría interrogado menos que usted, Erika.

—Es solamente que a nosotros nos intriga mucho saber qué está tramando usted realmente. Quizá nuestra… colaboración podría resultarle de utilidad.

—No acepto colaboraciones. De nadie.

—Pagaría gustosamente un millón de dólares por saber qué se cuece en su privilegiado cerebro, Nemo.

—Guárdese su calderilla. Las cosas que se cuecen en mi cerebro están fuera de las posibilidades de degustación de los paladares vulgares.

—Usted todavía no conoce el grado de finura de mi… paladar.

—Podríamos solucionar eso cenando juntos —dijo con amable sorna Sartorius—. Me ofrezco a llevarla personalmente a Roma si acepta cenar conmigo en alguno de sus encantadores lugares dignos de nosotros.

—Oferta aceptada.

—Disponga de mi casa como si fuese suya —Sartorius se puso en pie—. Mientras me visto para acompañarla puede, incluso, terminarse la botella de champán.

—¡Qué excelente idea!

Llegaron a Roma en uno de los coches que ocupaban el garaje de la villa, un Alfa Romeo de color rojo y dos puertas que había devorado la distancia entre Lido di Ostia y Roma circulando por la autopista a velocidad de competición…, sin que Nemo Sartorius consiguiera su evidente propósito de impresionar o asustar a la señorita Wolf.

En Roma, Sartorius llevó el coche a un aparcamiento subterráneo, al salir del cual tomaron un taxi. Estaba anocheciendo, y simplemente Roma era un caos automovilístico…, lo cual, sin duda, iba a dificultar la labor de las personas que estaban encargadas de la vigilancia de Nemo Sartorius y sus actividades.

Siguiendo las indicaciones de Sartorius, el taxista los llevó al barrio de Aventino, negándose a continuar adelante cuando las calles mostraron su máxima estrechez.

Sartorius pagó, al parecer de buen humor. Se apearon ambos, y el intelectual tomó a la vendedora de armas por un brazo.

—Es un restaurante encantador, y está muy cerca de aquí.

—No puede estar lejos, en un lugar como éste, tan reducido. ¿Viene aquí con frecuencia?

—Digamos que aprovecho mis estancias en Roma para visitar lugares interesantes.

—Ya. Pero, por favor, ¡nada de *pizzas*!

—Nada de *pizzas* —rió Sartorius—. Respecto a lo de esta mañana…

Lo que sucedió a continuación sorprendió incluso a la muy experimentada agente «Baby»: dos hombres aparecieron de pronto, gritando algo que la espía no pudo entender y corriendo hacia ellos. Sartorius lanzó una exclamación que palpitaba de incredulidad y al mismo tiempo de espanto, empujó a Erika como pretendiendo enviarla muy lejos, y giró para enfilar la esquina opuesta…

¡Pack!, ¡pack!, ¡pack!, restallaron estruendosamente los disparos efectuados por los dos sujetos. Nemo Sartorius gritó, giró sobre sí mismo, y se fue de bruces al adoquinado suelo, donde rebotó cruelmente.

Para entonces, la señorita Wolf había retirado ya de su habitual escondrijo en el muslo izquierdo la pistola de cachas de madreperla, con la cual disparó a su vez. En comparación, los chasquidos de su pistola fueron inaudibles…, pero uno de los agresores pagó muy caro la eficacia de la pistola de la espía: recibió en plena frente la bala, emitió un extraño sonido que más bien pareció un llanto, y se desplomó muerto.

El otro gritó, apuntó a Erika Wolf con pulso no muy firme…, y la rubia alemana volvió a disparar, acertando a su antagonista en el vientre. El hombre lanzó un bramido, dejó caer la pistola, dio la vuelta, y corrió hacia la esquina por la cual había aparecido segundos antes.

La indecisión de la espía fue brevísima. Enseguida, corrió hacia donde yacía Sartorius boca abajo, y le dio la vuelta con exquisito cuidado. Se encontró con la mirada del intelectual, y vio en su boca sardónica una mueca de burla hacia sí mismo.

—Ya sabía yo… que meterme en estas cosas era… una estupidez, pero…

—Tranquilícese. No está herido de gravedad.

—Lo que quería decirte…

Erika Wolf no le hizo caso. Por entre gritos de vecinos y ruidos

de toda clase distinguió pisadas recias y firmes, y al alzar la mirada vio a dos sujetos altos y bien vestidos acercándose presurosamente.

Sin más, Erika Wolf se incorporó, y echó a correr en la misma dirección tomada por el atacante que había escapado herido. Lo alcanzó, sorprendentemente, cuando él aparecía en una callejuela más ancha en la que había esperando un viejo Fiat 1600 de color crema. De este coche se apeó otro hombre, que acudió corriendo al encuentro del herido, pero éste gritó algo, el hombre se detuvo, y miró hacia el lugar por donde aparecía Erika.

El herido seguía gritando. El del coche titubeó, miró al herido, que seguía gritándole, y de pronto dio la vuelta, corrió hacia el coche, se sentó ante el volante, y arrancó.

El herido cayó de rodillas al suelo, y luego, lentamente, de costado. Desde esta posición vio algo que le pareció increíble: la rubia corrió hacia el Fiat 1600, abrió la portezuela derecha de atrás y se metió dentro del vehículo…, que desapareció rápidamente del escenario.

Capítulo III

El hombre que conducía el Fiat 1600 respingó cuando la boca caliente de la pequeña pistola se apoyó en su nuca.

—Siga conduciendo —ordenó la inesperada y agilísima pasajera rubia—, y mantenga todo el tiempo las manos sobre el volante. Es muy posible que nos sigan, de modo que demuestre lo hábil que es para despistar a otras personas.

El hombre asintió, pasándose la lengua por los labios. Erika Wolf lo veía de perfil desde atrás. En efecto, tal como le había parecido, era un hombre joven y hermoso. No cabía de ninguna manera imaginarlo como un asesino profesional o algo parecido. Y no era italiano, sino de raza árabe.

Dejó de contemplar al hermoso ejemplar humano que conducía por la imposible Roma con admirable pericia, para echar un vistazo hacia atrás. Cierto que había otros vehículos en circulación, pero ninguno de ellos parecía seguirlos.

Erika miró de nuevo al conductor del Fiat 1600. No parecía tener más de veinte años. Realmente sorprendente: aquel hermoso muchacho no encajaba en modo alguno con un intento de asesinato como el que se acababa de llevar a cabo.

—¿Cómo se llama usted? —continuó hablando Erika en italiano.

—Amur.

—¿Y sus compañeros?

—Giorgio y Renzo. Giorgio es el que usted ha matado.

—¿Cómo sabe usted eso, si no estaba allí?

—Renzo me lo ha dicho, ordenando que me marchase de allí, para escapar de usted, que es una asesina.

Erika Wolf quedó atónita.

—¿Que yo soy qué? —masculló, enfadada.

—Una asesina profesional.

Erika Wolf soltó un simpático resoplido, y se dejó caer más

cómodamente en el asiento de atrás, pero ciertamente sin dejar de vigilar a Amur, conservando la pistola en la mano y ésta en el regazo.

—Son ustedes los que han querido asesinar a Nemo Sartorius —acusó—. Pero han fracasado: solamente han conseguido herirlo. En estos momentos debe de estar camino de una clínica, donde será debidamente atendido. Y también su compañero Renzo habrá sido recogido y llevado a esa misma discreta clínica, supongo. ¿Por qué han querido matar a Sartorius?

—Eso es cuenta nuestra —gruñó el joven y bello Amur.

—Ya me lo imagino, ya —sonrió secamente la espía—, pero yo quiero saber sus motivos.

—Y yo no pienso decírselos.

—No sea absurdo. Dentro de muy poco a su amigo Renzo, por muy herido que esté, lo van a someter a tales presiones que dirá todo lo que sepa, absolutamente todo. Y yo tendré acceso rápidamente a esa información, pero prefiero conversar con usted, por el momento.

—No voy a decirle nada. ¿Hacia dónde vamos?

—Usted sabrá.

—Es usted quien manda ahora, ¿no? —refunfuñó Amur.

—Sin la menor duda. Pero yo no tengo intención de ir a ningún sitio especial, de modo que, simplemente, vaya a donde habrían ido ustedes tres si hubieran logrado escapar tras el atentado. ¿Hay más gente en ese lugar?

—Claro. Somos muchos.

—De acuerdo —rió la veterana espía—. ¡Siempre me ha encantado conocer gente!

—¿Quién es usted?

—Se lo voy a decir: soy la agente Baby.

—¿Qué? ¿Quién ha dicho?

—¿Nunca ha oído hablar de mí?

—Claro que no.

—Ya. Bueno, hoy me siento amable, así que se lo voy a explicar. Soy una agente de la CIA digamos famosa entre los servicios de espionaje mundial. Por eso le he dicho que dentro de poco tendré acceso a cualquier información que su amigo Renzo haya facilitado a las personas que se encargarán de él. También voy a explicarle

quiénes son esas personas: agentes secretos de varios servicios que estaban vigilando con mayor o menor interés a Sartorius, intrigados por el hecho de que éste se dedique a comprar carros de combate. ¿Usted y sus amigos no se dieron cuenta de que a Sartorius lo tenían vigilado?

—No —se enfadó Amur.

—Pues yo sí. Pero esas cosas no me preocupan. Sobre todo, teniendo en cuenta que algunos de esos hombres son de la CIA, claro está. Es decir, compañeros míos que me explicarán cuando yo quiera adónde han llevado a Renzo y qué les ha dicho éste sobre sus planes en compañía de usted y su otro amigo Renzo. ¿Me he explicado?

—Ya lo creo que sí. Por tanto, pregunte a sus amigos de la CIA.

—Soy una agente secreto un tanto peculiar, Amur. Prefiero conversar con usted. Y créame: le va a ir mejor conversando conmigo que si lo entrego a mis compañeros. ¿Por qué han querido asesinar a Sartorius?

—Él no es más que un embustero criminal —gruñó Amur.

—Claro que no —rechazó Erika—. Es un hombre muy inteligente, y, aunque sarcástico y a veces incluso ofensivo con quienes considera inferiores a él, me consta su buena voluntad y sus buenos sentimientos hacia todos.

—Lo mismo creíamos nosotros. ¡Y bien que nos engañó!

—¿Quiere decir que ustedes conocían de antes a Sartorius?

—Era nuestro maestro.

—¿Maestro? ¿De qué?

—Nos enseñaba Filosofía Racional.

—Zambomba —se pasmó graciosamente Erika Wolf—… ¡Filosofía Racional! ¡Eso suena muy interesante!

—Váyase al infierno —se enfadó Amur.

—A dónde vamos es a ese lugar adonde habrían ido usted y sus amigos. Y no discuta ni me haga enfadar, Amur, o me pondré desagradable.

—No tenemos ningún sitio a donde ir, en Roma. Habíamos alquilado este coche y un apartamento en Lido di Ostia, esperando el momento de matar al Maestro, y cuando lo vimos partir de allá lo seguimos confiando en que tendríamos la ocasión. Si quiere, vamos al apartamento de Lido di Ostia.

—¡Cielos, claro que no! ¿No se dieron cuenta de que alguien los vigilaba a ustedes mientras merodeaban cerca de la villa de Sartorius?

—No.

—Esto parece el juego de los tontos —refunfuñó Erika—…, pero hace ya mucho tiempo que yo no me fío ni de los tontos. Se lo voy a explicar:

»Sartorius estaba vigilado, y lo mismo todos los que de alguna manera se interesaban por él o se relacionaban con él, como, por ejemplo, vendedores de carros de combate, curiosos, periodistas… A ustedes no debieron de hacerles mucho caso inicialmente, pero en estos momentos ya son famosos en el ambiente del espionaje europeo. ¿Me comprende?

—Claro. No soy ningún tonto.

—Me parece que eso es muy discutible —suspiró Erika—, pero no lo vamos a debatir en este momento. Lo que vamos a hacer es regresar hacia Lido di Ostia.

—Pero si nuestro apartamento…

—Olvide su apartamento. Dentro de poco habrá en él más espías que moscas en un pastel. Iremos a un sitio donde dejé escondido mi coche, y dejaremos allí el suyo, que ya deben de estar buscándolo. ¿Filosofía Racional? Muy bien: ¿qué es eso?

—Una actitud, un comportamiento en la Vida para aprender a desarrollar las más escondidas facultades de raciocinio de cada uno. Para no dejarse engañar por las apariencias, sino para aprender a distinguir las realidades, por desagradables que sean, y aceptar que los humanos no somos precisamente ángeles, y que por lo tanto debemos ser tolerantes, generosos y bondadosos.

—Es una buena filosofía. Y muy digna del nivel intelectual y espiritual de Nemo Sartorius.

—Es un maldito embustero, un canalla hipócrita —casi sollozó Amur—, un miserable vendido al dinero… ¡Ese maldito miserable ha engañado a todos sus discípulos, nos ha herido a todos en lo más hondo! ¡Tenía que morir!

—¿Y ustedes tres fueron los… seleccionados para ejecutar la sentencia?

—¡Teníamos que hacerlo! ¡No hay mayor criminal que el que engaña a sus discípulos con falsas doctrinas de amor hacia sus

semejantes, mientras por otro lado realiza acciones criminales!

—En eso estamos de acuerdo —murmuró Erika—. ¿Qué acción criminal estaba realizando Sartorius, según ustedes?

—Comprar carros de combate para el emir Yusuf Suleiman.

—Ya. Claro. Pero… ¿ustedes ya saben para qué quiere ese emir los carros de combate?

—¿Para qué los va a querer? —Se pasmó Amur, con las mejillas llenas de lágrimas—. ¡Para hacer alguna podrida y siniestra guerra, naturalmente!

—Muy razonable. Pero entonces… ¿por qué no han atentado contra el emir, en lugar de hacerlo contra Sartorius?

—Porque el emir es un perro miserable y criminal, pero no ha traicionado a sus discípulos que lo adoraban, como ha hecho Nemo… ¡Pero a él también lo mataremos, por haber pervertido con su asqueroso dinero a nuestro Maestro!

—O sea, que ustedes saben dónde está el emir Yusuf Suleiman.

—¡Claro! ¡Está en Casablanca, en un maldito palacio! ¡Pero por muy bien protegido que esté, nuestros compañeros llegarán hasta él y le cortarán la cabeza!

—¿Sabe? —Murmuró Erika, en verdad perpleja—. Usted y su grupo de amigos son los… asesinos más peculiares que he conocido en mi vida. Porque he conocido gente que ha matado por cien mil motivos, todos ellos despreciables, pero le aseguro que nunca había conocido un grupo de asesinos por amor.

Un automóvil apareció en el lugar de la cita cerca ya de las diez de la noche. Para entonces, el marroquí Amur creía tener las ideas bastante claras respecto a aquella mujer rubia que decía llamarse Erika Wolf, pero también ser una tal Baby, agente de la CIA americana: fuese lo que fuese, Erika era una persona muy especial; tan especial que, utilizando tan sólo una pequeña radio de bolsillo, podía manejar nada menos que a la mismísima maldita y podrida CIA.

—¿Ése es su amigo Simón? —murmuró Amur.

—Sí.

—Pues no viene solo, le acompaña otro. ¿Cómo se llama el otro?

—Casualmente, también se llama Simón —replicó la rubia—. Amur, quédate aquí y no busques complicaciones. ¿De acuerdo?

—Está bien.

Erika se apeó del BMW que habían recogido en el lugar donde ella lo había dejado escondido, y en el cual habían dejado también muy bien escondido el Fiat 1600 de Amur. Éste vio salir del coche recién llegado a uno de los hombres, que acudió al encuentro de Erika. Se dieron la mano. Luego, los dos se metieron en el coche.

Amur Omaran tenía fruncido el ceño, pero en el fondo de su espíritu había la información fidedigna de que podía confiar en aquella mujer, pese a que ésta había matado a Giorgio y herido a Renzo.

«—¿Qué querías que hiciera? —Se había lamentado Erika durante el viaje, ya fuera de Roma—: tu amigo acababa de disparar contra nosotros, estaba claro que pretendía seguir haciéndolo, y yo no sabía que me las estaba teniendo con unos chiquillos enrabiados por sentirse traicionados. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? ¿Dejarte matar?».

Se veía el mar. El encuentro entre Erika y sus amigos tenía lugar cerca de la playa, al Sur de Lido di Ostia, localidad a la que ni siquiera se habían acercado.

Dentro del otro coche, Erika y sus amigos continuaban conversando, y Amur comenzó a impacientarse y a intranquilizarse.

Por fin, ella salió del otro coche, que partió inmediatamente. Cuando Erika llegó al BMW sólo quedaba del otro coche como un rastro de rojas luces de posición alejándose.

—Renzo está bien atendido en una clínica, tal como esperaba —informó Erika—. Posiblemente, a estas horas ya le habrán extraído la bala del estómago. No creo que le haya causado muchos destrozos, pues mis balas son muy pequeñas…

—Lo suficientemente grandes para matar a Giorgio —susurró Amur.

—Ya aclaramos eso, ¿no?

—Sí. ¿Qué sabe de Sartorius?

—También se pondrá bien. No te preocupes por lo que pase en Roma, que esa parte del asunto está bien atendida.

—Pero si eran varios servicios secretos los que andaban detrás de Sartorius…

—Los servicios secretos se entienden muy bien entre ellos cuando les conviene —sonrió Erika—. Y si cuentan con la garantía de mi intervención, todavía mejor…, aunque a veces tengamos…

pequeñas disputas. En cualquier caso, olvida esa parte del asunto, pues tú y yo nos vamos a ir a Casablanca dentro de un par de horas, de modo que estaremos allá antes del amanecer. Pero antes, Amur, piénsalo bien, porque no te daría una segunda oportunidad: ¿me has mentido en algo?

—No.

—Mejor para todos.

—¿Cómo vamos a ir a Casablanca?

—Nadando no —sonrió Erika.

Todavía faltaba más de una hora para el amanecer cuando la avioneta tomó tierra en algún lugar del desierto donde estaba esperando una vieja camioneta destartalada y matriculada en Marruecos que, ciertamente, no podía llamar la atención de nadie en parte alguna.

—Ese cacharro no es digno de usted —comentó Amur.

—Cualquier cosa es digna de mí.

—Yo diría que no. Por lo que he visto hasta ahora, tanto en Roma, como en la costa de Lido, como en Fiumicino, e incluso durante el vuelo hasta aquí, esos hombres le darían a usted la luna.

—Dejaremos la luna para los mahometanos —rió Brigitte—. O por mejor decir, la media luna. Amur, yo estoy trabajando, ahora; y cuando trabajo, cualquier cosa que sea útil es buena para mí.

—Sí, comprendo. ¿Qué haremos ahora?

—Escuchar algunas cosas sobre tu poco simpático personaje, el emir Yusuf Suleiman.

—O sea, que mientras nosotros hacíamos el viaje alguien ha estado investigando al emir.

—Claro. Vamos a la camioneta.

Saltaron de la avioneta, la cual, simplemente, despegó y se alejó con destino desconocido. Junto a la camioneta había un hombre joven, alto y atlético, cuya sonrisa fue visible a la luz de las estrellas. Abrió las puertas de atrás de la camioneta, y Amur quedó pasmado al ver allá dentro lo más parecido a una salita de estar, con televisión incluida, y, por supuesto, toda una instalación de radio.

Erika subió al vehículo sin ayuda de nadie, y tras ella lo hizo Amur. Dentro de la camioneta había otro hombre, de más edad, que tendió la mano a Erika, murmurando algo que Amur no pudo

entender, pero que hizo sonreír a la espía americana. El sujeto alto y atlético subió en último lugar a la caja de la camioneta, cerrando las puertas. El otro golpeó en la parte delantera, y la camioneta se puso en marcha. Erika se había sentado en un silloncito. La camioneta rebotaba sobre el duro suelo del desierto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Amur.

—Cerca de Casablanca.

—¿Cuánto de cerca?

—Unos cuarenta kilómetros. ¿Importa eso algo?

—No… Sólo que pensé que podíamos estar cerca de Khouribga, pero esa ciudad está a unos ciento veinte kilómetros de Casablanca.

Los espías americanos se miraron entre sí, y luego miraron de nuevo a Amur.

—¿Y qué importa todo eso? ¿Qué pasa en Khouribga?

—Es que tengo cerca de allá un buen amigo que si es necesario podría ayudarnos. Se llama Kebir, y es un jefe nómada… Bueno, lo que es en realidad Kebir es un hombre inteligente: nos envió a todos a la mierda y se fue a vivir al desierto con una pequeña tribu. Tiene caballos, camellos y muchos amigos que le han tomado como jefe maravilloso, y que harían por él cualquier cosa.

—Admirable —elogió Erika—. Pero… ¿qué tiene que ver tu amigo Kebir con todo esto?

—Si decidimos asaltar el palacete del emir para cortarle la cabeza, Kebir y sus hombres pueden ayudarnos. Son gente de mucho cuidado.

—Lo tendremos en cuenta. Pero ¿sabes una cosa, Amur?: me estás resultando un camorrista en verdad violento.

—¿Violento yo? Entonces… ¿qué opina de un sujeto que está comprando carros de combate?

—La verdad es que todavía no opino nada, pero quizá llegue a alguna conclusión después de escuchar a mis compañeros. ¿Qué nos dice del emir, Simón?

—Es un hombre simpático —dijo el jefe de la CIA en Casablanca.

—¡Cómo, simpático…! —Saltó Amur—. ¡Ese sujeto…!

—¿Serías tan amable de permanecer un rato callado, Amur? —pidió Erika—. Adelante, Simón.

—Bueno, el tal Yusuf Suleiman vive en un palacete sito en el

Boulevard Omar el Idrissi, rodeado de un bello jardín lleno de pájaros, y desde el cual se divisa la mezquita de Moulay Youssef. Un lugar encantador. Al parecer, tiene doce esposas, todas ellas rubias…

—¿Rubias? —Se pasmó Erika—. ¿Mujeres árabes rubias?

—Algunos se preguntan si son árabes realmente o son mujeres europeas adquiridas por el emir en uno de sus frecuentes viajes al viejo continente. Otras opiniones apoyan la tesis de que son mujeres árabes pero que, puesto que el emir es muy caprichoso, las ha obligado a teñirse el cabello.

—Fantástico —Erika estaba poco menos que atónita—… Supongo que habrá alguna cosa más interesante que ésa respecto a la vida y proyectos del emir Suleiman.

—Poca cosa más. Su emirato está en el golfo pérsico, pero él viaja con frecuencia, de modo especial aquí, a Marruecos, donde tiene buenos amigos. El palacete donde vive, por ejemplo, es prestado. Originariamente fue un palacete, luego estuvo unos años utilizado como restaurante, pero alguien lo rescató de tan indigno destino, y lo convirtió de nuevo en una silenciosa residencia donde reinan los pájaros y las flores.

—Ya. ¿Tenemos alguna fotografía del emir?

—La tenemos pedida, pero todavía no nos ha llegado. Esperamos tenerla a media mañana.

—Pero debemos saber si es joven, viejo, alto, gordo, flaco, calvo…

—Tiene cincuenta y dos años, es un hombre alto, fuerte, gordo, sano, y, según es fama, su humor y su carácter son pura y sencillamente maravillosos.

—¿Y para qué quiere un hombre maravilloso tantos carros de combate? —Gruñó Amur.

—Podríamos preguntárselo al emir —sonrió Erika Wolf—: un hombre tan simpático y maravilloso es casi seguro que no va a negarnos una respuesta concreta y definitiva.

—¿Preguntárselo? ¿Y cómo? Ya le dije que tiene una guardia muy bien preparada para protegerle de cualquier inconveniente, y que llegar hasta él no es nada fácil…, por no decir imposible.

—Amigo mío —deslizó suavemente la señorita Wolf—, hasta el momento yo he entrado siempre donde he querido, por difícil que

le pareciera a otras personas. Pero no crea que me ha resultado especialmente difícil, y que soy una vanidosa. Se trata solamente de que todas las puertas tienen una llave, así que… sólo hay que encontrar la llave que pueda abrirnos las puertas de tan encantador lugar donde reside tan encantador personaje.

—No lo conseguirá —gruñó Amur—… ¡No lo conseguirá!

Capítulo IV

—El Príncipe de los Creyentes la recibirá inmediatamente, señorita Montfort. Le suplica se digne esperar sólo el tiempo justo de conseguir que su apariencia le resulte a usted lo más agradable posible.

—Muchas gracias —sonrió Brigitte—. Y no tengo la menor duda respecto a que la apariencia de Al Mumenin será de mi más completa satisfacción.

—¡Ah! —Exclamó el secretario—. ¿Habla usted árabe?

—No, lo siento. Por eso me he traído un intérprete, por si surgía alguna dificultad en ese sentido. —Brigitte miró un instante al atónito Amur—. Pero aunque no hable árabe sé muy bien que Al Mumenin significa Príncipe de los Creyentes. Siempre me han interesado las cosas del islam.

—Eso complacerá grandemente al emir —se inclinó el secretario —. Por favor, tenga la bondad de seguirme…

—¿Hay algún inconveniente en que espere en el jardín? Hace un día espléndido, digno de ser disfrutado a pleno sol.

—El emir se reunirá con usted en el jardín —se inclinó una vez más el ceremonioso secretario—. Y estoy seguro de que admirará a una persona que prefiere la luz del sol al lujo del interior de un palacete.

—Amigo mío —sonrió encantadoramente Brigitte—, palacetes hay muchos en este mundo nuestro. En cambio, sólo tenemos un sol, de modo que más nos vale disfrutarlo antes de que alguien se apodere de él y nos prive de su luz y de su calor.

—¡Nadie podría apoderarse del sol! —exclamó Amur.

Brigitte y el secretario del emir Yusuf Suleiman miraron un instante con extraña inexpresividad al muchacho; luego, el secretario se inclinó una vez más, y tras hacer un gesto ofreciendo todo el jardín a los visitantes, se dirigió hacia el interior del

palacete.

—¿He dicho alguna tontería? —masculló Amur.

—Aparentemente, no —Brigitte se tomó de su brazo y comenzó a caminar hacia el centro del jardín—. Sin embargo, es posible que ese secretario de un insignificante emir de un insignificante lugar del golfo pérsico, sea una de las pocas personas que sepan que, en cierta ocasión, sí hubo alguien que quiso ser dueño del sol [3] .

—Usted se está burlando de mí.

—Desde luego que no. Pero es un tema demasiado largo para ser tratado aquí y ahora…, aparte de que forma parte de la vida secreta de una espía.

Amur Omaran se detuvo, y se quedó mirando fascinado a Brigitte.

—Es usted una mujer extraordinaria —casi tartamudeó—… ¡Incluso ha conseguido que nos reciba el emir! ¡Y sin ninguna dificultad! ¿Cómo se las ha arreglado?

—Lo has visto perfectamente, ¿no?: hemos venido, he dicho quién era, ha acudido a recibirme uno de los secretarios del gran emir, ha ido a anunciarme a su señor, y éste ha accedido a recibirme. Ha sido así de sencillo.

—¡Pues no lo comprendo! Si tan simple es llegar hasta el emir…, ¿qué necesidad tiene de tanta guardia en el palacete?

—Eso es evidente, Amur: la guardia no está aquí para molestar a los visitantes del emir, sino para impedir el paso a quienes el emir no desee recibir. Y tenías razón: no debe de ser nada fácil entrar en este lugar sin el permiso del emir.

La disposición de la guardia en el jardín era sumamente discreta, pero no habría pasado desapercibida ni siquiera para ojos menos experimentados que los de la agente Baby. A pesar de que el jardín no era excesivamente grande, había distribuidos en él no menos de una docena de hombres, todos ellos vestidos de blanco y, al parecer, desarmados. En esto sí habrían engañado a un observador corriente, pero no a la espía internacional, que bajo las holgadas ropas supo distinguir el leve contorno de las pistolas, seguramente automáticas.

Los dos hombres que había en las verjas de entrada sí portaban armas visibles, sendas metralletas de fabricación rusa.

—Y naturalmente —murmuró Brigitte—, hay más hombres armados dentro del palacete. Y también están los del tejado.

—¿Qué? —Exclamó Amur—. ¿Los del tejado?

Brigitte le sujetó a tiempo de evitar que se volviera impetuosamente para mirar hacia el tejado del palacete. Es decir, hacia los diferentes niveles de tejado. La construcción era tan grande que no sólo se podía admitir que hubiera estado dedicada en alguna ocasión a restaurante, sino también a hotel. Ahora, todo estaba sumido en la quietud y el silencio que convertía en música el simple gorjeo de unos cuantos gorriones.

Pero el lugar era verdaderamente encantador, casi idílico con el colorido de las flores, el verdor intenso de los pinos, y, de modo especial, el verde de los granados haciendo destacar sus rojas flores tempranas. Por entre flores y pinos se divisaba el refulgir azul de las aguas de una alberca con surtidor.

—¿Está segura? —preguntó Amur.

—¿Eh…? ¿De qué?

—¡De que hay vigilantes en el tejado!

—Claro que estoy segura.

—Pues tal como estoy viendo las cosas, creo que incluso mi amigo Kebir tendría muchos problemas para entrar en el palacete. Ya sabe de quién le hablo, ¿no?

—Por supuesto: de tu amigo Kebir, que se fue a vivir al desierto con unas cuantas cabras, caballos, camellos, unos pocos amigos…, y me imagino que con unas cuantas hurís del paraíso.

—Usted tiene una gran habilidad para burlarse de mí —refunfuñó Amur—. Además, yo no dije en ningún momento que mi amigo Kebir se hubiese ido al desierto como quien va al Paraíso. Por el contrario, aceptó la dura vida del desierto antes que seguir viviendo en esta podredumbre. ¡Y ni siquiera tienen mujeres, en el desierto!

—Eso sí que debe de resultar terrible —se condolió irónicamente Brigitte—. A menos que sean hombres de los que prefieren hombres en lugar de mujeres.

—¡Claro que no! ¡Mi amigo Kebir…!

—Ssst… Creo que se digna acercarse a nosotros el Príncipe de los Creyentes.

Ahora sí permitió Brigitte que Amur se volviese a mirar hacia la casa. De la cual, en efecto, salía en aquel momento un personaje digno de considerable interés, rodeado de bellas alondras rubias.

Alto, gordo, fuerte, sano, barbudo, poderoso, risueño, pletórico de salud y de alegría, hacía su aparición el emir Yusuf Suleiman, Príncipe de los Creyentes, rodeado de sus doce esposas rubias que reían talmente como podrían gorjear unos encantadores pájaros felices.

—Alá me valga —barbotó Amur—… ¡Tenemos que encontrar el modo de matar a este cerdo gigante!

Pareció que Brigitte no le hubiera oído. Toda su atención estaba concentrada en el personaje que se acercaba por entre flores y pinos, siempre rodeado de aquellas preciosidades rubias que llevaban por toda indumentaria graciosos bikinis de bellos y vivos coloridos.

Por su parte, el emir vestía una simple y blanquísima chilaba que reflejaba cegadoramente la luz solar.

—Señorita Montfort —llegó diciendo en perfecto inglés—, ¿cómo podré expresarle mi satisfacción por el gran honor que me ha dispensado al ocuparse de mi humilde persona?

—No le será demasiado difícil —rió Brigitte, tendiéndole la mano—. Bastará que acepte ser entrevistado.

—Sí, eso he pensado —Suleiman se inclinó a besar la mano de la periodista más famosa del mundo—, que venía a entrevistarme, y se lo agradezco de todo corazón.

—¿De veras? —Parpadeó Brigitte como desconcertada—. Mi impresión era precisamente la contraria, es decir, que usted deseaba garantizarse un… aislamiento total.

—Y así es, en general. Pero, señorita Montfort, una cosa es protegerme de la curiosidad y el cretinismo mundial y otra cosa es negarle una entrevista a la periodista más encantadora e inteligente del mundo, a la que siempre he admirado tanto en la vertiente puramente profesional como en la personal.

—Me abruma usted, Príncipe de…

—Oh, vamos, vamos —hizo el emir un gesto como para espantar moscas—, nada de tratamientos. Como máximo llámeme emir…, aunque yo preferiría que me llamase simplemente Yusuf.

—Realmente, no esperaba tanta amabilidad —murmuró Brigitte —. Le presento a mi joven amigo Amur Omaran, que se había ofrecido a actuar como intérprete.

El emir miró a Amur un instante, tan breve que pareció no haber

existido ni la mirada ni el instante. Su mirada parecía imantada en los azules ojos de Brigitte.

—Comprenderá usted —dijo— que un hombre de mi posición y de mi cultura tiene que hablar inglés. Esto aparte, no tendría ninguna dificultad en expresarme en varios idiomas más. Pero el inglés es posiblemente el que más me gusta…, después del árabe, claro está. Entiendo que no habla usted árabe.

—Lamentablemente no.

—Rogaré a Alá que no se lo tenga en cuenta. —Brigitte rió y el emir sonrió simpáticamente—… ¿De verdad desea usted hacerme una entrevista? Yo diría que me honra demasiado, pero… ¿Hay algo que la preocupe? —inquirió de pronto.

—Sólo me admira. Me refiero a la belleza de sus esposas. Son todas exquisitamente hermosas.

Yusuf Suleiman miró, también brevemente, hacia el grupo que formaban sus esposas, en aquel momento discretísimamente calladas y quietas, talmente como si fueran estatuas con movilidad sólo en los ojos. Unos ojos de todos los colores, le pareció a Brigitte: verdes, azules, negros, castaños, violeta, pardos…

Por supuesto que aquellas mujeres no eran árabes.

Es decir, había tres que sí lo eran, pero las otras nueve eran hermosísimas jóvenes europeas o americanas con el cabello teñido, como las tres árabes.

Todas llevaban el mismo color de cabello y el mismo peinado corto y suelto, sencillo.

—Alá me ha colmado de bendiciones en muchos sentidos —dijo el emir—, incluso anticipándome la dicha que me espera en el Paraíso, al proporcionarme aquí unas cuantas huríes… Pero no creo que sea esta peculiaridad de mis gustos sentimentales y sexuales lo que haya impulsado a usted a buscarme… Por cierto: ¿cómo ha conseguido usted dar conmigo?

—Nemo me dijo dónde hallarle.

—¿Nemo? ¿Nemo Sartorius?

—Por supuesto. También me dijo otras cosas…, que son realmente las que han provocado mi especial interés hacia usted.

Yusuf Suleiman había quedado inmóvil, como sus bellas esposas; sólo sus oscuros ojos de árabe apasionado se movían, mirando de uno a otro ojo de Brigitte, como esperando encontrar en ellos

alguna revelación…, que por supuesto no encontró.

—¿Y qué cosas le dijo de mí el señor Sartorius? —murmuró por fin el emir.

—Me parece, Yusuf, que usted ignora que Nemo y yo somos grandes amigos desde hace mucho tiempo.

—Es cierto, no sabía eso. Pero, aun así, el señor Sartorius no tenía ningún derecho a traicionar mi confianza… Aunque quizá me estoy precipitando y por tanto le trato injustamente. ¿Qué le dijo de mí el señor Sartorius?

—Que usted financia la compra de carros de combate que él está realizando en Roma.

—Y usted quiere saber para qué quiero yo tantos carros de combate, a fin de publicar el reportaje en su periódico.

—Ésa es la idea —dijo Brigitte, mirándole fijamente a los ojos.

El emir Yusuf Suleiman, Príncipe de los Creyentes, asintió, y señaló hacia las frondas del jardín, en dirección a la alberca.

Echaron a andar, seguidos de Amur y de las doce rubias espléndidas, cuyas maliciosas miradas comenzaban a turbar al muchacho.

—Yo comprendo —dijo el emir, con suave voz que se mezcló a los gorjeos de los pájaros— que usted se ha molestado mucho en llegar hasta mí, y que, naturalmente, le gustaría conseguir un interesante reportaje, pero, francamente, al recibirla no pensé que se iba a tratar de este asunto.

—¿Acaso hay algún otro?

—He sido un ingenuo, ¿verdad? Claro, debí extrañarme de que viniera nada menos que usted a hacerme una entrevista, debí comprender que tenía que ser algo de esto…, pero ni se me ocurrió que el señor Sartorius me traicionase. Ya sé, ya he entendido: son ustedes muy buenos amigos. Pero él me ha traicionado, porque el trato fue discreción absoluta con todo el mundo. Para asegurarme eso ni siquiera a él le dije para qué quiero los carros de combate, pero, además, él ni siquiera tenía que mencionar mi nombre en ningún momento a nadie. ¿Comprende usted esto?

—Naturalmente. Y lo siento.

—La creo. Mire, si se tratase de cualquier otro periodista, ya estaría en la calle. Pero usted no es «cualquier» periodista, sino una persona a la que siempre he admirado. Basado en esto voy a hacer

un trato con usted: yo le digo para qué quiero esos carros de combate, pero usted no publica el reportaje hasta que yo la autorice.

—De acuerdo.

—Los quiero como tractores.

—¿Qué?

Yusuf Suleiman sonreía maliciosamente de oreja a oreja, como un niño travieso.

—Que los quiero como tractores —repitió casi riendo—. No como carros de combate, sino como tractores, ¿comprende usted?

—Sí, pe-pero eso… es absurdo… ¡Carros de combate para ser utilizados como tractores! ¡Qué ocurrencia!

—¿Le parece a usted mala idea? ¿Realmente?

—Pues… No sé… ¡Cielos, qué sorpresa! —Rió de pronto Brigitte —. ¡Jamás se me habría ocurrido nada semejante!

—Es comprensible. Pero permítame insistir: ¿le parece mala idea?

—De verdad, no lo sé. Supongo que no, pero… ¿por qué complicarse la vida? ¿No era mucho más sencillo comprar tractores?

—¿Realmente cree usted que habría sido más sencillo comprar tractores? ¿Tractores para África, señorita Montfort?

Brigitte quedó silenciosa y seria, y el emir se dirigió a una de sus esposas, murmurándole algo. La muchacha se alejó del grupo. Yusuf regresó ante Brigitte, la tomó de un brazo y señaló la alberca rumorosa. El agua se oía ahora con tal fuerza musical que no permitía escuchar el canto de los pájaros, y, por fortuna, tampoco el leve rumor del tráfico automovilístico en el centro de la ciudad de Casablanca, que hasta entonces habían estado oyendo remotamente.

—Me he permitido ordenar que nos sirvan unos refrescos junto a la piscina —dijo suavemente el emir—. Si no entendí mal, a usted le encanta el sol. Pero… ¿incluso este sol?

—¿Qué tiene de malo este sol? —Reaccionó Brigitte.

—Que puede cocer incluso piedras.

—Eso sería si las piedras estuvieran sometidas al calor del sol el tiempo suficiente.

—Sí, tiene usted razón —suspiró Yusuf, disponiendo un asiento para Brigitte junto a una de las mesitas con parasol—: todo debe

consumirse en su justa medida, y entonces podemos tener por seguro que nada perjudicial puede ocurrirnos. Aunque le parezca vulgar, he pedido que nos sirvan té con menta. Claro está, menta auténtica, de planta fresca y tierna, no cualquier preparado o bebida de esas que algunas personas llaman peppermint.

—Yusuf —volvió a mirarlo fijamente a los ojos Brigitte, cuando el árabe se hubo sentado frente a ella—, ¿usted pensó que iba a tener dificultades si intentaba comprar pura y simplemente tractores?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque el mundo opulento, señorita Montfort, puede aceptar que el llamado Tercer Mundo despilfarre estúpidamente su dinero comprando chatarra que al parecer ya no sirve para nada…, salvo para seguir masacrándose unos a otros. Pero no toleraría que se intentara ¡y menos aún, que se consiguiera!, una operación de esta envergadura para proporcionarle a África, como mínimo, la posibilidad de abastecerse por sí sola aunque nada más fuese en la cuestión alimenticia. El mundo opulento quiere y necesita que África siga siendo un consumidor esclavizado aunque sea, a la vez, un gigantesco cementerio cada vez más desértico. Por lo tanto, yo habría tenido muchos problemas si hubiera pretendido comprar cien, doscientos o dos mil tractores; seguramente, habrían obstaculizado esas compras muy pronto, pero les ha encantado que haya un chiflado que esté gastándose millones de dólares en adquirir chatarra para seguir haciendo guerritas y masacres estúpidas entre negros. ¿Me he explicado bien, me ha comprendido usted?

—Sí.

—Era de esperar. ¿Le explico a usted quiénes forman ese mundo opulento?

—No es necesario.

—Claro. ¿Necesita algún dato más para su reportaje?

—No.

Yusuf Suleiman se acomodó placenteramente en su asiento, haciendo un gesto que parecía abarcar el Cielo y la Tierra.

—¿Sabe usted? —Murmuró—: África es un continente especial, o al menos así me lo parece a mí. Es grande, tiene de todo, y hay en

su ambiente algo así como un… grato recuerdo de vidas anteriores. ¿Conoce usted África?

—Hasta ahora, creía conocerla. Ahora, lo dudo. Lo que sí puedo decirle es que América también es grande.

—¿Se refiere usted a los Estados Unidos o a todo el continente americano?

—A los dos.

—Estados Unidos no tiene nada que ver con el continente americano, en este sentido. Ha dejado de ser un lugar lleno de vida para convertirse en un lugar donde vive gente. Hay lugares llenos de vida en el continente americano mucho mejores que los Estados Unidos…, aunque viva menos gente y más pobremente. Estoy seguro de que usted me entiende.

—Sí.

—Claro. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Casablanca?

—No lo sé.

—Supongo que regresará a Roma y verá allá al señor Sartorius. Dígale de mi parte… O mejor, déjelo, yo mismo le llamaré a la villa para decirle lo que pienso de su… digamos falta de discreción.

—No encontrará a Nemo en la villa de Lido di Ostia. Tuvo un accidente.

—¿Un accidente? —Se inquietó el emir—. ¡Vaya, sí que lo siento! ¿Qué clase de accidente?

—Intentaron asesinarlo.

El emir abrió mucho los ojos, respingando. Acto seguido, su gesto se nubló, perdió la vivacidad y la enérgica alegría que había estado mostrando hasta entonces.

—¿Lo ve usted? —murmuró—. Quizá debido a alguna otra indiscreción por su parte, alguien se ha enterado de mis verdaderos planes, y…

—No. No se trata de eso, tranquilícese. Todo ha sido debido a un error… comprensible, pero no disculpable. En cualquier caso, permítame colaborar en su proyecto aunque sólo sea haciéndome cargo de esa parte del asunto.

—¿Usted piensa… colaborar?

—A mi manera sí. Dígame, Yusuf: ¿por qué todas sus esposas son rubias? Quiero decir, ¿por qué todas van teñidas de rubio?

—¿Qué otra cosa, sino tonterías, se puede esperar de un hombre

que quiere que todas sus esposas parezcan la misma, en lugar de procurarse docenas de chicas diferentes, lo que sin duda es mucho más estimulante sexualmente?

—¡No me diga que quiere usted pasar por tonto! —rió Brigitte.

—Prefiero eso a que algún opulento piense antes de hora que el insignificante emir de esa mierda de país diminuto llamado Akra es demasiado listo.

—Sin embargo, en la realidad, es usted listo.

—Sí —sonrió Yusuf—… ¡Pero no se lo diga a nadie!

Brigitte volvió a reír.

Un poco más allá, alternando con las bellas esposas del emir de Akra, Amur no perdía de vista a los dos personajes. En realidad, estaba más pendiente de ellos que de las encantadoras esposas rubias que, evidentemente, lo encontraban a su vez muy simpático. A decir verdad, Amur Omaran ya no entendía nada de nada, de modo que comprendió que debería tener paciencia hasta que la espía americana se lo explicara.

Mientras tanto, decidió seguir disfrutando de la compañía de las deliciosas esposas del emir Yusuf Soleiman, las cuales, finalmente, se lanzaron todas riendo la piscina. Amur comprendió que una cosa era ser simpático con ellas y otra cosa era compartir la alberca estando de visita, de modo que fue a sentarse junto a Brigitte, que le miró socarronamente.

—Por suerte para ti, Amur, el emir no es celoso. En otros tiempos, o con otro personaje, tu cabeza ya habría sido cortada.

—Estaba pensando en mi pobre amigo Kebir, tan solo en el desierto, mientras otros tienen una docena de esposas.

—Tener muchas esposas es un premio que no todos merecen —dijo amablemente Yusuf—, de modo que no pienso compartirlas con nadie. Sin embargo, sí puedo compartir mi jardín, mi sol y mi té.

Amur refunfuñó algo, mientras Brigitte volvía a reír. Desde la casa llegaba la esposa que había sido enviada en busca del té con menta, el cual portaba en un carrito con toldo uno de los sirvientes del emir.

—Delicioso —aseguró Brigitte, tras probar el té—… ¿No estás de acuerdo, Amur?

—La verdad es que sí —asintió el joven árabe.

—Todo resulta delicioso en este lugar —dijo Brigitte—. De modo

especial, ese… proyecto increíble sobre el cual hablaremos más detalladamente en otra ocasión. Pero dígame, Yusuf: ¿por qué hace usted todo esto, por qué correr tantos riesgos, por qué gastarse tanto dinero para favorecer a millones de personas a las que no conoce en absoluto, algunas de las cuales posiblemente ni siquiera merecen el esfuerzo ni el sacrificio? ¿Tal vez espera conseguir alguna… recompensa especial en determinado momento?

—No, porque ni siquiera estoy actuando por mi cuenta, señorita Montfort.

—Ah —se alertó la divina espía—… De modo que no está haciendo esto por usted mismo. Entonces, ¿en nombre de quién está actuando?

El emir de Akra alzó su vaso de té con menta, sonrió suavemente, y dijo:

—En nombre de Alá Misericordioso.

Capítulo V

—¿En nombre de Alá Misericordioso? —Simón-Casablanca frunció el ceño—. ¡No es posible que usted se haya creído eso!

—¿Por qué no? —Frunció a su vez el ceño la divina espía.

—Nadie hace nada en nombre de Alá. Ni en nombre de Dios. Ni en…

—Alá es Dios —le interrumpió Amur, con gesto enfadado.

—Eso mismo iba a decir yo —casi rió Brigitte.

El hombre fuerte de la CIA en Casablanca miró a uno y a otra, frunció de nuevo el ceño, y terminó por soltar un gruñido. Se hallaban reunidos dentro de la camioneta, que había estado esperando en un punto de la costa el norte de Casablanca, entre ésta y Mohammedia. Cerca de la camioneta y junto a unas palmeras estaba el coche que Brigitte y Amur habían estado utilizando. Se veía el mar, azul oscuro, reflejando la belleza roja del sol en su ocaso.

—Está bien —terminó por decir Simón—, si ya hemos terminado de tomarnos las cosas con simpática filosofía, hablemos ahora en serio.

—Usted primero —aceptó Brigitte—. ¿Han conseguido ya unos informes aceptablemente completos de nuestro generoso emir?

—Está arruinado.

—Arruinado —repitió Brigitte.

Amur quedó estupefacto un par de segundos, y acto seguido farfulló:

—¿Cómo, arruinado? ¿Qué quiere decir arruinado?

—Quiere decir que tiene dinero más que suficiente para vivir espléndidamente en plan particular, pero de ninguna manera puede permitirse el gasto que significa la adquisición de esos carros de combate. Es decir, podría adquirir unos cuantos, pero de ninguna manera dos o tres mil vehículos, o más, como parece ser su

intención.

—Pero si está arruinado… ¿de dónde saca el dinero para pagar todos esos tanques? —No salía de su pasmo Amur.

—Vaya una pregunta absurda —le miró Brigitte divertida—: se lo proporciona Alá, naturalmente.

Amur, cuyo juvenil mal genio ya se había puesto en evidencia repetidamente, terminó por enfadarse, y quedó silencioso, contemplando el mar a través de la ventanilla lateral, cuyo panel disimulado había sido deslizado.

—Por el momento, según parece —dijo Brigitte—, no podemos hacer nada con el emir, salvo esperar. O ir de nuevo a ese palacete en plan de invasores, capturarlo y obligarlo a decirnos qué está realmente tramando.

—La idea no es mala —dijo el joven Simón que atendía la radio.

—Tal vez no sea mala, pero sí es un tanto ruda —le miró amablemente la espía—. O cuando menos, precipitada. De modo que vamos a esperar un poco, en ese sentido. Por supuesto, bien entendido que nuestro emir debe ser sometido a una… discreta pero inteligente vigilancia.

—Tengo la impresión de que no hará nada comprometedor —dijo Simón—. Sobre todo, ahora que sabe que Sartorius ha tenido ese «accidente» y que está en manos extrañas. Posiblemente, es un granuja, y ciertamente un alegre vividor, amante de las cosas buenas de la vida…, pero no es un tonto.

—En cualquier caso —refunfuñó Amur—, doce mujeres a la vez para un solo hombre son demasiadas mujeres.

—¿Y eso qué prueba? —Se intrigó Brigitte—. ¿Que es tonto o que es listo?

—Que es listo. Cuantas más mujeres, más satisfacciones y menos compromisos con cada una de ellas individualmente.

—He aquí un punto de vista digno de estudio —sonrió Simón.

—Sí —torció el gesto Brigitte—. Y además es muy moderno y carente de machismo. ¿Qué sabemos de Nemo Sartorius?

—Las últimas noticias indican que evoluciona de modo normal y favorablemente.

—Magnífico. ¿Y el amigo de Amur?

—Lo mismo.

—Muy bien. Sobre todo, quiero que ustedes tengan siempre bien

presente la existencia y la personalidad de Nemo Sartorius, antes de hacer algo sin haberme consultado previamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que Sartorius no es precisamente un tonto, pese a lo cual aceptó las explicaciones del emir respecto al destino de esos carros de combate. Necesariamente, Sartorius tuvo que creer las explicaciones de Yusuf Suleiman, pues de otro modo no habría aceptado de ninguna manera meterse en un asunto como éste.

—O sea, que Sartorius creyó en esas intenciones del emir, y eso le hace suponer a usted, puesto que Sartorius no es tonto, que todo podría ser verdad.

—Es una posibilidad —murmuró Brigitte—. ¿Nos han conseguido algún alojamiento donde podamos cenar con tranquilidad y dormir tan confortablemente que soñemos con los angelitos del cielo?

Pues no señor, resultaba que doce mujeres no eran demasiadas para un hombre solo, aunque fuesen todas rubias, todas simpáticas y cachondas, y todas pidiesen dulcemente delicias de amor. A fin de cuentas, sólo se vive una vez, de modo que Amur había decidido obtener el mayor deleite en esta única vida. Por tanto, y considerando que el amor es, sin duda, la mejor o cuando menos una de las mejores cosas de la vida, Amur estaba haciendo el amor. Pero no de modo corriente. No con una mujer. Amur estaba haciendo el amor con doce mujeres a la vez. En el nombre de Alá Misericordioso, ¡doce mujeres a la vez, esto sí que era haber alcanzado el paraíso!

Porque hacer el amor con una sola mujer no tiene ningún mérito especial…, a menos que esa solitaria mujer fuese la señorita Montfort, por ejemplo, que eso sí tendría mérito, gracia, capricho y placer. Pero la señorita Montfort se había negado, de modo que Amur había ido a hacer su oferta amatoria a las esposas del emir, las cuales le habían recibido con los brazos abiertos.

Todas. Las doce.

De modo que ahora Amur estaba poseyendo simultáneamente a doce mujeres, doce jóvenes, espléndidas, bellísimas, apasionadas rubias que se derretían de placer entre sus brazos. Y lo curioso era que no estaban haciendo el amor en una cama, o sobre montones de cojines de seda, sino en la piscina.

En la piscina, qué chocante. Como si fuesen peces. Pero bueno, lo importante era hacer el amor, y eso lo estaba consiguiendo plenamente Amur, que se sentía envuelto en montones de pechos femeninos que parecían de seda…

Hasta que de repente, el estampido le hizo pegar un brinco de sobresalto. Por un instante, tuvo la remota idea de que su amigo Kebir había regresado del desierto con sus nómadas y habían asaltado el palacete del emir en aquel momento tan indudablemente inoportuno.

Acto seguido, Amur se encontró sentado en la cama, medio dormido y medio despierto, con el corazón latiendo a toda presión, y contemplando en la ventana el lívido tono del amanecer. Todavía tardó unos segundos en alcanzar la comprensión de que, simplemente, había estado soñando.

Luego, oyó de nuevo el estampido. Que no era tal, sino el fuerte zumbido del motor de un helicóptero. Saltó de la cama, se acercó a la ventana, y vio el helicóptero, ya alejándose, destellando sus luces. Abandonó el dormitorio que había elegido en aquella casa rodeada de palmeras y de silencio, y, al llegar a la sala, vio a Simón-Casablanca que entraba bostezando.

—¿Qué pasa? —masculló Amur.

—Ella se ha ido.

—¿Quién se ha ido? ¿La señorita Montfort?

—Nosotros no conocemos a ninguna señorita Montfort, jovencito. Quien se ha ido es la agente Baby.

—Pero… si estaba durmiendo… ¡Se ha ido y me ha dejado solo! ¿Qué hago yo ahora?

—Absolutamente nada, por indicación especial de ella. A menos —sonrió irónicamente Simón— que necesitemos ayuda para algo inesperado, en cuyo caso tendrías que ir al desierto a buscar a tu amigo Kebir. Volvamos a la cama.

—¿Y adónde ha ido ella?

—A Roma.

—¡¿En helicóptero?! —aulló Amur.

—Tranquilo, que ya se está disponiendo la cadena de elementos que transportará a Baby lo más rápida y confortablemente posible a Fiumicino. Vuelve a dormir.

—Sí, pero ya no soñaré con las rubias… ¿Y por qué vuelve a

Roma? —De pronto Amur respingó—. ¿Ha ocurrido algo malo?

—Por el momento, no. Simplemente, acaba de entrar en el juego un nuevo personaje.

—Se llama Udo Krimm —explicó Simón, mientras Baby contemplaba la fotografía del nuevo personaje—, y es un elemento de cuidado. De mucho, mucho, muchísimo cuidado.

La divina espía asintió, y dedicó toda su atención al estudio de aquel rostro que aparecía en las fotografías. Se trataba de un rostro más bien hermoso, varonil, de facciones acusadas, boca grande, barbilla granítica. Sus cabellos rubios se alborotaban en una melena que parecía de oro, y que hacía contraste con sus ojos claros y grandes. En algunas fotografías aparecía de cuerpo entero, de modo que destacaba su porte atlético, su aventajada estatura.

Era, en suma, un hermoso ejemplar masculino, de unos cuarenta años.

—Tiene los ojos demasiado juntos —murmuró Brigitte. El agente de la CIA se desconcertó.

—¿Sí? No había reparado en ello. —Miró una de las fotografías y alzó las cejas—. No… Yo no diría eso.

—Yo sí. Los tiene demasiado juntos.

—¿Y eso qué significa, según usted?

—Que no me gustan. Para decirlo todo: tiene ojos de malvado, de asesino. Parece un hermoso y cordial atleta, pero tiene ojos de asesino.

—Es un asesino. Y muchas más cosas: mercenario, traficante de armas, asesor paramilitar… Es uno de esos personajes a los que, simplemente, habría que asesinar.

—¿Y por qué no ha sido asesinado?

—No tengo ni idea. Pero si usted quiere, lo asesinamos enseguida. Nos gustaría mucho que usted nos diera esa orden, porque así nadie se atrevería a molestarnos por haber liquidado a Krimm.

Brigitte devolvió las fotografías, y se quedó mirando pensativa el paisaje entre Fiumicino —adonde había llegado en avioneta privada hacía apenas treinta minutos— y Roma, hacia la cual se dirigían en el coche con que habían acudido a recogerla dos Simones. Era casi mediodía, y lucía un sol espléndido de otoño recién iniciado…

Se volvió de pronto hacia el agente que compartía con ella el

asiento de atrás.

—¿Qué está haciendo ahora Udo Krimm? —preguntó.

Simón sacó la radio de bolsillo, la accionó, y simplemente preguntó:

—¿Qué está haciendo ahora?

—Sigue rondando la clínica, como anoche —replicó en el acto una voz masculina—. Pero es demasiado listo para meterse en la boca del lobo. Por supuesto, se ha dado cuenta de que hay mucha vigilancia.

—Tal vez sea ése nuestro error —dijo Brigitte—. Pase la orden a los nuestros para que abran una brecha de entrada que no resulte demasiado evidente, pues eso lo vería Krimm como una trampa descarada.

—De acuerdo, pero… ¿y los agentes de los otros servicios?

—Pídanles de mi parte que abran ese hueco de entrada. Hagan la siguiente oferta a nuestros colegas: que despejen el campo, que dejen que sea solamente la CIA la que atienda el asunto, y yo me comprometo personalmente a pasarles un informe completo cuando todo haya sido aclarado.

Simón asintió, y preguntó a su compañero que estaba en contacto por medio de la radio:

—¿Has oído?

—Sí. Daré la orden a los nuestros y pasaré la oferta a los colegas de otros servicios. No creo que haya problema alguno, interviniendo ella. ¿Algo más?

—Por ahora, no —dijo Simón, tras consultar con la mirada a Brigitte; guardó la radio—. ¿Adónde la llevamos?

—Me gustaría ir directamente a la clínica, pero pasarán horas antes de que Krimm deje de desconfiar de las facilidades que finalmente tendrá para entrar ella. ¿Dónde está ese apartamento al cual se retiró de madrugada tras estar rondando la clínica?

—En Via Rossetti. Precisamente, entrando en Roma por esta ruta, que termina en Viale Trastevere, pasaremos muy cerca de Via Rossetti.

—¿Hay alguien viviendo con Krimm ahí?

—No lo sabemos. Cuando pasamos el informe a Casablanca, y nos dijeron que usted venía a Roma y que no espantásemos la caza, naturalmente permanecimos inactivos.

—Perfecto. Yo iré a echar un vistazo al apartamento de Krimm, aprovechando su ausencia.

Dicho esto, la espía abrió su maletín, del cual sacó la peluca rubia, y la hermética cajita que contenía lentillas de contacto de diferentes colores y otros pequeños elementos de disfraz que, alterando en poco su rostro, eran sin embargo más que suficiente para que la señorita Montfort dejase de parecer la señorita Montfort.

Apenas media hora más tarde, la hermosa mujer rubia pasaba frente al vetusto edificio número 14 de la Via Rossetti, en el Trastevere romano. Había muy poca gente en la calle, donde se olía a *pizza* con intensidad.

La rubia caminó hasta la siguiente esquina de la estrecha calle, se detuvo, pareció reflexionar sobre algo olvidado, y volvió sobre sus pasos. Segundos más tarde entraba en el edificio en cuestión y subía rápidamente al primer piso, en una de cuyas ventanas, los dos hombres de la CIA que aquella madrugada habían seguido a Krimm, vieron luz a poco de entrar el mercenario en el edificio.

Aceptando las deducciones de sus Simones, Baby eligió la puerta de la derecha de las dos que había correspondientes a los apartamentos que daban a Via Rossetti. Utilizó hábilmente la ganzúa, abriendo la puerta en menos de diez segundos, y entró, cerrando en el acto tras ella.

—Colóquese de cara a la puerta —dijo una voz masculina tras ella— con los brazos en cruz. No deje caer ese maletín, no haga ruido.

Brigitte había quedado como paralizada, pero reaccionó bien pronto, obedeciendo con exactitud la orden. Oyó los pasos tras ella. La boca de una pistola se apoyó en su nuca. Luego, una mano la cacheó rápidamente, hurgando groseramente entre sus senos y entre las ingles.

—Ahora vuélvase, camine hacia el centro del apartamento, y deje el maletín sobre la mesa. Luego, siéntese en una de las sillas, coloque las manos sobre la cabeza, y permanezca inmóvil. ¿Me ha comprendido bien?

—No se preocupe —dijo Brigitte—: mi italiano es tan bueno como el suyo…, aunque ninguno de los dos seamos italianos.

—Obedezca.

La espía americana obedeció. No tenía la menor duda respecto a la nacionalidad o cuando menos el origen alemán de aquel sujeto, al que se dedicó a mirar reposadamente mientras él se acercaba a la mesa y, tras dejar sobre ésta la pistola, abría el maletín, cuyo contenido comenzó a mirar con curiosidad.

No parecía demasiado sagaz, de modo que Brigitte desechó la posibilidad de que descubriera alguno de los trucos tan bien camuflados, y, menos todavía, el compartimiento secreto, mejor camuflado que los demás. Efectivamente, el sujeto no encontró nada que despertase su interés, aparte de la pequeña pistola de cachas de madreperla, que se guardó en un bolsillo del pantalón.

—Bueno —sonrió siniestramente—, ¿quién eres tú, preciosa?

—Me llamo Gina. Y me parece que me he equivocado de apartamento.

—Ah. Ya. ¿A quién andas buscando?

—A un amigo.

—¿Qué amigo?

—Un amigo.

El hombre ladeó la cabeza y entornó los ojos. Era un ejemplar alto, fuerte, rudo, de belleza animal y actitudes de mal actor de pésimas películas.

—Será mejor que no te las des de lista y valiente conmigo, preciosa —advirtió—. ¿Quién es ese amigo que has venido a buscar?

—Udo Krimm.

El hombre quedó inmóvil, mirándola con absoluta inexpresividad. Por fin, preguntó:

—¿Y quién te ha dicho que podías encontrar a Udo aquí?

—Otro amigo. Un amigo de Udo y mío.

—¿Qué amigo?

—Klaus Plumm.

—No le conozco.

—Pues no sé qué decirte. ¿Dónde está Udo?

—Gina… ¿qué más? —preguntó a su vez el otro.

—Simplemente Gina, que es mi nombre de guerra. ¿Quién eres tú?

—Berthold Urich. Posiblemente, Udo te habrá hablado más de una vez de mí.

—No… No lo recuerdo, al menos. Lo siento.

El sujeto seguía mirando a Brigitte con la fijeza de una cobra vigilante. De pronto, se metió la pistola en el cinturón, fue a un viejo y deteriorado aparador, y tomó la radio que había encima, junto a unos restos de bocadillo. Brigitte captaba perfectamente su vacilación. El hombre desconfiaba de ella, pero debía de tener órdenes severísimas de Udo Krimm de no llamarlo a menos que fuese una cuestión realmente vital.

Y aquella cuestión era vital, porque si ella estaba mintiendo significaba que tanto Udo Krimm como él mismo habían sido descubiertos y, por tanto, lógicamente, estaban en grave peligro.

De modo que Urich tomó la decisión de utilizar la radio.

Capítulo VI

En realidad, fue una mala decisión por parte de Berthold Urich. Posiblemente, la rubia le habría tolerado bastantes cosas desagradables, como el reciente manoseo de su cuerpo, pero no podía de ninguna manera permitir que llamase a Krimm.

Así que, para no poca sorpresa y muy gran sobresalto por parte de Urich, la rubia saltó de pronto contra él. Y con tal decisión y a tal velocidad que el aventurero apenas tuvo tiempo de respingar, dudar un instante qué debía hacer con la radio, y finalmente soltarla y llevar la mano derecha al bolsillo en busca de su pistola.

La rubia llegó frente a él antes de que hubiera logrado sacar el arma del bolsillo, y alzó ambas manos por encima de su cabeza, en un gesto amenazador y tan aparentemente peligroso que Urich gritó y alzó su mano izquierda para protegerse la cabeza…

Perfecto.

Recibió en plenos testículos el tremendo rodillazo aplicado por la rubia, que le había engañado plenamente utilizando el viejo truco de distracción llamado «Picabobos». Urich palideció, abrió la boca en un gesto convulso en busca de aire, y efectuó un brusco y desesperado gesto para sacar de un tirón la pistola de su bolsillo.

Sonó el estampido ahogado. Urich volvió a gritar, se quedó mirando con ojos desorbitados a Baby, se miró luego la zona genital, emitió un gemido, y retrocedió hasta encontrar la pared, apoyándose de espaldas en la cual se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo, estupefacto el gesto, desorbitada la fija mirada en su bella antagonista.

Ésta se acercó, se acuclilló ante Urich, y se quedó mirando la mancha de sangre que se extendía rápida y abundantemente por sus pantalones.

—Hija… de puta… —jadeó Urich en alemán.

La rubia no se inmutó. Urich cerró los ojos y se desvaneció. Ella

lo tendió en el suelo boca arriba y le bajó los pantalones y los calzoncillos hasta que pudo contemplar el destrozo, sin alterarse.

Al dispararse la pistola en el bolsillo, la bala había destrozado todo el paquete genital, y por la escalofriante herida brotaba la sangre como si el cuerpo de Berthold Urich contuviera un manantial inagotable.

—Chocante —dijo la rubia, impávida—: un asesino tan torpe que dispara contra sí mismo.

Su finísimo oído captó en aquel momento el leve zumbido de llamada de la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos, visible sobre otros objetos que contenía su maletín, abierto y colocado sobre la mesa.

Fue a atender la llamada inmediatamente.

—¿Sí?

—La llamo porque usted dijo que si ocurría algo que…

—Dígame qué ocurre —cortó Baby.

—Krimm acaba de entrar en la clínica.

—¿Ya? —Se sorprendió realmente la espía—. No se puede negar que es un hombre de rápidas decisiones. Está bien, no hagan nada, salvo que él intente alguna cosa definitiva…

—Ese hombre no puede tramar nada bueno: posiblemente quiere asesinar a Sartorius.

—Voy para allá. Usted envíe al apartamento de Krimm dos muchachos discretos. Hay aquí un sujeto al que habrá que cuidar y vigilar…, si es que sobrevive. Que echen un vistazo por el apartamento mientras permanecen aquí esperando instrucciones.

—*Okay.*

La rubia apagó la radio, cerró el maletín, y se acercó de nuevo a Urich, retirando del bolsillo izquierdo de su pantalón la pistola de cachas de madreperla, que había podido librar de mancharse de sangre al haberle bajado rápidamente los pantalones, antes de que se produjera una mayor expansión de la sangre.

Berthold Urich murió en aquel instante, emitiendo un hondo suspiro que pareció expresar una gran paz y confort.

—Chocante —repitió Baby, en verdad perpleja—… Realmente chocante.

Udo Krimm tenía cien mil defectos como ser humano, pero una gran cualidad como profesional: quería y sabía hacer bien las cosas,

y tenía la suficiente astucia y paciencia para programarlas adecuadamente.

Así, apenas una hora después de haber entrado en la clínica aprovechando aquella pequeña oportunidad, había conseguido una bata de médico y averiguar dónde se hallaba el hombre que realmente había ido a buscar a la recoleta y bien custodiada clínica sita en San Pietro in Montorio, rodeada de un encantador bosquecillo de pinos por entre los cuales se distinguían tramos del Tíber y casas romanas.

Utilizando estas facilidades, Krimm no tardó mucho más en pasar ante la puerta de la habitación donde se hallaba internado el herido Renzo. Frente a la puerta había un hombre de unos treinta años, alto, atlético, guapo pero con cierta expresión poco amistosa en general. Udo Krimm conocía el tipo: era un agente secreto, sin la menor duda americano. Y matar a un agente de la CIA era algo que no entraba en los planes de Krimm. No estaba loco. Y matar a un agente de la CIA era cosa de locos.

Sólo que, a veces, las circunstancias fuerzan a las personas a cometer locuras, y aquélla era una de esas circunstancias en que, simplemente, Krimm tenía que jugársela. De modo que continuó pasillo adelante, giró a la derecha, se detuvo, esperó un minuto que le pareció una eternidad, y regresó sobre sus pasos, ya empuñando dentro del bolsillo de la blanca bata la navaja de resorte con la que no tenía más remedio que matar al agente de la CIA.

Las cosas habían cambiado. Frente al atlético espía había dos enfermeras, conversando con él con cierta actitud de hembra en busca de varón. Una de las enfermeras rió, el agente de la CIA dijo algo al parecer referente a los rojos cabellos de la muchacha, y ésta volvió a reír. La otra enfermera, una morena de grandes ojos y todavía más guapa que la pelirroja, hizo a su vez un comentario. Udo Krimm leyó en sus labios la palabra café. Acto seguido, su pelirroja compañera y el agente de la CIA se alejaron juntos.

La morena entró en la habitación 19, donde se hallaba instalado el herido Renzo Patini. La puerta se cerró. Udo Krimm titubeó. Podía entrar y dominar fácilmente a la enfermera, o confiar en la suerte de que ésta se marchase de la habitación antes de que regresara su compañera con el agente de la CIA tras tomar ambos un café… y posiblemente citarse.

El tiempo es oro, pensó Krimm. Y, a fin de cuentas, matar una enfermera no es lo mismo que matar un agente de la CIA. Se acercó a la puerta, la abrió, y entró. La enfermera, que estaba junto a la cama, volvió la cabeza, y Krimm captó su gesto de sorpresa, incluso de desconcierto. Pero ella veía perfectamente la bata que Krimm había conseguido, así que le sonrió.

—¿Viene a visitar al joven, doctor? —inquirió.

—En efecto —asintió Krimm—. Puede irse, si quiere… Yo me hago cargo de él.

—Oh, no, precisamente…

—Vaya a tomar un café con su amiga —sonrió encantadoramente el asesino profesional—. Todos nos merecemos de cuando en cuando un pequeño descanso.

—Sí, es cierto. De acuerdo, volveré dentro de diez minutos.

—Perfecto.

—Y gracias, doctor.

Udo Krimm volvió a sonreír.

La bella enfermera abandonó la habitación. Krimm se acercó al lecho, y miró al herido, un hermoso muchacho de grandes ojos negros que le contemplaban con cierto espanto. El resplandor solar de la tarde, penetrando por la ventana que daba al jardín de pinos y azaleas, hacía destacar la palidez del rostro del muchacho.

—¿Qué tal? —Inquirió amablemente Krimm—. ¿Cómo va eso?

—Bien —apenas se oyó la voz de Renzo—… Me siento mejor, gracias.

Udo asintió. El silencio era impresionante allí dentro. Como en toda la clínica. Claro, la CIA tiene tentáculos en todas partes, para cuando necesita un servicio o un punto de apoyo. Posiblemente, aquella clínica era suya.

Sin más dilaciones, Udo Krimm sacó del bolsillo la navaja de resorte, apretó éste, y la aguda y afilada hoja de acero salió, lanzando destellos de resplandor solar. Renzo ni siquiera había tenido tiempo de asustarse cuando la punta de la navaja ya se hundía un par de milímetros en un lado de su cuello. Los ojos del muchacho parecieron de pronto saltar como enloquecidos.

—Ni siquiera respires —dijo fríamente Krimm—, o te corto el cuello sin más contemplaciones. En cambio, si me dices lo que he venido a saber, me iré de aquí sin lastimarte.

Renzo quiso decir algo, pero sólo emitió una especie de maullido lastimero.

Udo sonrió con irónica mueca, e inquirió:

—¿Quién os envió a matar a Nemo Sartorius?

—Na… nadie… ¡Nadie! —jadeó Renzo.

—No seas estúpido. Os envió alguien, y yo tengo que saber quién fue, para visitarlo y ajustarle las cuentas. Si antes de tres segundos no me has dicho quién fue, date por muerto.

—Sería su vida por la del muchacho —dijo una voz femenina detrás de Krimm.

Éste pareció recibir una descarga eléctrica que tuvo la facultad de dejarlo acto seguido inmóvil, como petrificado. Renzo estaba pálido como un muerto.

—Usted ha sido siempre un profesional inteligente, Krimm —dijo ahora la mujer—. ¿Va a dejar de serlo en esta situación tan poco favorable?

Udo hizo un gesto como de deportista que sabe perder, arrojó la navaja sobre la cama, alzó las manos, y se volvió, sonriendo. Se quedó mirando con auténtica curiosidad a la rubia de ojos verdes que le apuntaba a la cabeza con una pistola al parecer diminuta.

—No me diga que es usted la agente Baby —deslizó Krimm.

—¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—¡Buena pregunta! —Soltó un resoplido Krimm—. Estamos metidos en un asunto importante, este lugar huele que apesta a CIA, me tienden una trampa cuyo control corre a cargo de una mujer, y usted me pregunta cómo se me ha ocurrido pensar que puede tratarse de Baby. Debo de ser muy listo, simplemente. Aunque no, no lo soy… ¡Maldita sea, debí comprender que tantas facilidades para entrar no eran normales! ¿Ha sido cosa de usted?

—Sí. Por supuesto, usted habría matado al muchacho en cuanto él le hubiera contestado, pero dígame: ¿también tiene orden de matar a Nemo Sartorius?

—Claro que no —gruñó Krimm—. Precisamente, si he venido a interrogar al muchacho es para saber quién los envió a él y a sus compañeros a matar a Sartorius, y liquidarlo cuanto antes.

—Es decir, que lo que usted quiere hacer es matar a los enemigos de Sartorius.

—Exacto.

—¿Y eso por qué?

—Porque los enemigos de Sartorius serán a la vez, lógicamente, enemigos del plan en el que está implicado Sartorius atendiendo la parte de la compra de carros de combate.

—Entiendo. Y usted, como Sartorius, forma parte de ese plan, de modo que no puede permitir que alguien intente desbaratarlo, ya sea matando a Sartorius o haciendo cualquier otra cosa.

—Ajá.

—Entendido. ¿Y quiénes son las personas que han… elaborado y financiado este plan?

Udo Krimm miró incrédulamente a la rubia. Luego, sonrió como un simpático muchacho que acaba de escuchar un graciosísimo chiste.

—Podemos hablar sobre ello si llegamos a un acuerdo —dijo.

—No necesito hacer acuerdos con usted: tenemos a su compañero Urich.

—¡Mierda! —exclamó Krimm.

—Por otra parte, no es usted la única persona de este mundo que tiene mala sangre: le aseguro que yo personalmente puedo someterlo a un… tratamiento de persuasión muy interesante. De modo que deje de dárselas de hombre duro. Hay que saber aceptar la mala racha, Krimm. ¿Los nombres de esas personas?

Udo Krimm se pasó la lengua por los labios. La rubia movió la pistola, apuntando más ostensiblemente al rostro del asesino, como dispuesta a disparar de un momento de otro.

De repente, Krimm aplicó un tremendo puntapié a la silla que tenía cerca, lanzándola contra la rubia. Ésta se ladeó ágilmente, esquivándola, y disparó contra Krimm, acertándole en el pecho, por debajo y a la izquierda del corazón. Krimm lanzó un bramido, arrancó la colcha de la cama de un tirón fortísimo, y la arrojó contra Baby, la cual volvió a disparar, pero prácticamente a ciegas. Detuvo la colcha con la mano izquierda, la bajó para recuperar con la mirada a Krimm…, y vio a éste en el momento en que se arrojaba contra la ventana, en la más clásica escena del cine de acción.

Plof, plof, disparó dos veces Brigitte, asegurándose de que las balas crujían muy cerca de la cabeza de Krimm.

Y así debió de ser, porque el asesino se encogió en el aire, perdió la compostura del salto, y cayó al jardín de cualquier manera y

como envuelto en fragmentos de cristal, algunos de los cuales se clavaron en su cara y manos. Krimm lanzó otro bramido de bestia herida, se puso en pie, y echó a correr hacia los pinos.

Por encima de su cabeza crujieron otras dos balas, mientras el aventurero lanzaba una horrenda maldición. Oyó tras él la voz de la rubia:

—¡Que no escape, pero lo quiero vivo!

Udo Krimm estuvo a punto de lanzar un grito de alegría al oír esto, pues significaba que tenía muchas más posibilidades de escapar.

—Tenía un coche cerca, y, tal como usted ordenó, lo dejamos que llegase a él y escapase. En estos momentos debe de considerarse el tipo más intrépido del mundo, al haber conseguido escapar nada menos que de una encerrona de la CIA.

—Perfecto —asintió la rubia—… Lo que no me parecería nada perfecto es que lo perdiesen a partir de ahora.

—Todo puede suceder —sonrió secamente Simón-Roma—, pero me atrevería a apostar que no será así: vaya a donde vaya, Krimm estará localizado y controlado. Y en cuanto comprendamos que ha llegado a su punto de destino, la avisaremos a usted.

—Muy bien. Pero sólo si va a Casablanca. Si va a cualquier otro lugar habrá dejado de interesarme.

—¿Y qué hacemos entonces con él?

—Matarlo.

—Espléndido —sonrió ampliamente el hombre de la CIA—… ¡Absolutamente espléndido!

Salió de la habitación.

Brigitte regresó su atención a Renzo, que la contemplaba con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Me parece —comentó la espía— que para ser un valiente ejecutor estás demasiado asustado.

—Debimos de volvernos locos los tres —casi tartamudeó Renzo —… ¡Pero ustedes hablan de matar como si no tuviese la menor importancia!

—A veces no la tiene, Renzo —dijo suavemente Brigitte—. Por ejemplo, en el caso de Krimm: tú mejor que nadie sabes el susto que te llevaste a pesar de que aceptaste colaborar en la trampa. Francamente, puedo entenderos mejor a vosotros, que ibais a matar

porque os sentíais traicionados en vuestros hermosos sentimientos, que a gentes como él, que matan porque les pagan por ello, sin importarles que las víctimas sean personas pacíficas y honestas. Por tanto, que mueran sujetos como Krimm o como su amigo Urich te aseguro que no me quita el sueño.

Renzo asintió, estuvo unos segundos pensativo, y por fin murmuró:

—O sea, que Nemo está trabajando para el emir, pero éste quiere los carros de combate para utilizarlos como tractores.

—Eso me dijo el emir.

—Pero no entiendo… Si tanto el emir como Nemo van de buena fe, dispuestos a ayudar a los más deprimidos y oprimidos africanos, ¿qué pinta en esto un asesino como Krimm? ¿En nombre de quién está actuando Krimm?

—Ciertamente no en nombre de Alá Misericordioso —murmuró la divina espía.

—Destino final: Casablanca.

Brigitte, que estaba contemplando Roma desde la florida terraza del hermoso ático que le habían proporcionado sus compañeros de la CIA, se quedó mirando al que le había traído la noticia.

—Naturalmente —murmuró— se refiere usted a Krimm, Simón.

—Naturalmente. Y también naturalmente lo están vigilando, de modo que cuando usted llegue allá se lo podrán servir en bandeja.

Capítulo VII

—No va a ser tan fácil —torció el gesto Simón-Casablanca—: ese maldito puerco se ha metido en una pocilga muy especial, llena de otros muchos cerdos como él. Están en una especie de campamento cerca del Oum el Rbia.

—¿Cuántos son?

—Hemos calculado que unos treinta.

—Son muy pocos —murmuró Brigitte.

—¿Pocos? —Exclamó Simón—. ¡Nosotros no somos ni la mitad! Y le recuerdo que son gente de cuidado, todos acostumbrados a pelear y a matar sin escrúpulo alguno. Maldita sea mi estampa: ¿cómo se le ocurre a usted decir que son pocos?

—Quiero decir que treinta hombres no pueden conducir doscientos setenta carros de combate, por ejemplo. Y menos, dos mil quinientos o tres mil.

Dentro de la camioneta donde se celebraba de nuevo la entrevista con la recién llegada viajera procedente de Roma, se hizo el silencio. Por fin, desorbitados los ojos, Amur exclamó:

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Bueno, es evidente que si el emir, por medio de Sartorius, estaba o sigue estando dispuesto a comprar hasta tres o cuatro mil carros de combate, es porque dispone de los conductores suficientes para ellos, ¿no?

—Bu-bueno, pe-pero… esos conductores… podrían ser… gente del país a… al cual fuesen enviados los carros…

—Sí, podrían ser —admitió Brigitte.

—Pero usted no lo cree —dijo el joven Simón que atendía la radio.

—Yo lo creería si cuando vaya a ver al emir éste me explicase satisfactoriamente por qué Udo Krimm, a su llegada a Casablanca, fue a visitarlo a él antes de dirigirse a ese campamento cerca del río

Oum.

—A lo mejor fue a visitarlo en nombre de Alá Misericordioso —masculló Simón-Casablanca—. Aunque yo más bien me inclino a pensar que si Udo Krimm fue a visitar al emir fue en nombre de la gente que le paga sus servicios de mercenario y asesino…, y que de acuerdo a la lógica debe de ser la misma gente que está financiando al emir la compra de los carros de combate.

—Eso significaría —intervino de nuevo el joven Simón de la radio— que el emir no es tan bondadoso como pretendió hacerle creer a usted, Baby.

—También podría significar —murmuró Brigitte— que tanto Nemo Sartorius como el emir Yusuf Suleiman están siendo engañados por otras personas, esas mismas personas que son los verdaderos jefes de Udo Krimm y su grupo de… interesantes personajes acampados junto al río.

—¿Cree que el emir accederá a decirle a usted quiénes son esas personas? —desconfió Simón-Casablanca.

—No perdemos nada probando.

—¿No? A lo mejor salir de ese palacete no le resultará tan fácil como entrar, después de demostrarle al emir que usted sabe mucho más de lo que a él puede gustarle o convenirle.

—Siempre hay un riesgo —sonrió la divina.

—Quizá sería mejor esperar a que Sartorius termine de recuperarse, y preguntarle directamente a él exigiéndole la verdad.

—Tenía la esperanza de que durante mi estancia en Roma podría hablar con Sartorius, pero su estado no es tan satisfactorio como el de Renzo, pues los balazos que recibió él no fueron precisamente disparados por una pistola de juguete como la mía. La verdad es que, en bien del propio Sartorius, decidí no visitarlo hasta que se halle más repuesto. Tendremos que preguntarle al emir.

—Podríamos atacar ese campamento —sugirió Simón, inquieto.

—¿Cómo hacerlo, con la mitad de personal del que dispone Udo Krimm? Usted mismo acaba de decir…

—Que Amur llame a su amigo Kebir —Simón-Casablanca soltó un gruñido y se pasó el dedo índice por la frente—… Estoy hasta aquí de oír a Amur hablar de su valeroso e impresionante amigo del desierto. ¡Que venga a ayudarnos, y que nos demuestre cuánto vale realmente!

—Vaya, Simón, no vamos a meter en esto a unos cuantos camelleros, ¿verdad? —protestó Brigitte.

—¿Camelleros? —Saltó Amur—. ¿A quién ha llamado camelleros? Sepa usted que mi amigo Kebir no es un camellero, sino un nómada por propia voluntad, un universitario que estudió en Paris y que luego envió a la mierda a este podrido mundo. ¡Mi amigo Kebir…!

—Uf —mostró su fastidio Simón—… Cierra esa bocota, chico, ¿quieres hacernos ese favor?

—Tranquilos todos —alzó las manos Brigitte—. Visitaré a mi amigo Yusuf, y ya veremos qué pasa.

—Alá es bondadoso conmigo al permitirme volver a verla —dijo el emir, tras besar la mano que Brigitte le había tendido—. Está escrito que todos los fieles creyentes son recompensados incluso en esta vida.

—¿Eso lo dice el Corán? —rió Brigitte.

—No. Eso es cosa mía. —Yusuf Suleiman también rió; pero de pronto quedó serio—. ¿Consiguió ver a Sartorius?

—No. Es decir, sí, lo vi, pero él no estaba en condiciones de hablar de un modo extenso. Además, tuve algunas dificultades suplementarias para llegar hasta él.

El emir terminó de hacerle gestos a una de sus bellas esposas rubias, tomó a Brigitte de un brazo, de aquel modo afectuoso y simpático, y echaron a andar hacia la piscina.

El jardín olía intensamente a pinos.

—¿Qué dificultades? —inquirió.

—Nemo está en la misma clínica que uno de sus frustrados asesinos, el que fue atrapado herido por la CIA, nada menos. Ese asesino, al parecer, recibió una visita desagradable, hubo un pequeño caos en la clínica, y a partir de ese momento cualquier persona que se acercase a la clínica lo tenía complicado.

—Pero usted, sin duda, debe de tener buenos amigos en la CIA.

—La verdad es que sí —admitió la agente Baby—, pero los hombres que había en la clínica tenían órdenes muy severas, y no quise llamar a Washington para presionarles.

—Entiendo. —La oscura mirada de Yusuf parecía pretender penetrar en la mente de Brigitte a través de los azules ojos—. En definitiva, está usted como antes.

—Sigo teniendo la amistad de usted, ¿no es así? —sonrió la espía encantadoramente—. De modo que decidí volver y convencerlo para que tengamos una charla… definitivamente sincera.

—Ya fui sincero con usted —protestó el emir de Akra.

—Quiero decir —aclaró Brigitte, sentándose junto a uno de los parasoles— que espero de usted que me diga quién financia la compra de esos carros de combate. Este reportaje promete ser de un altísimo interés, y cuando reciba la autorización de usted o de sus amigos para publicarlo quiero estar segura de que estará debidamente documentado.

—Hay un problema: mis amigos no desean ser mencionados en ningún momento, y es por eso que me han puesto a mí al frente del asunto. Créame, Brigitte, le he dicho a usted más de lo que le diría a cualquier otra persona de este mundo.

—Entiendo —murmuró Brigitte—. Pero quizá todavía quede algún otro pequeño detalle que pueda decirme, Yusuf.

—Todo cuanto podía decirle, está ya dicho.

La espía asintió con un gesto, y encendió un cigarrillo mientras parecía contemplar abstraídamente el jardín. Aquél era un lugar insólito: en plena ciudad de Casablanca, con el ruido inevitable del tráfico llegando como del cielo, mezclado con el canto de los pájaros… Llegó la esposa de Yusuf que había ido a encargar el té con menta. El criado que lo sirvió era enorme y hermoso, pero inexpresivo como una piedra. Varios hombres del emir deambulaban con pretendida discreción por el jardín y alrededor de la casa.

Tal vez la solución más simple sería tomar por asalto el palacete para capturar al emir y obligarle a decir todo cuanto verdaderamente sabía. Pero no parecía ninguna buena idea asaltar el palacete. ¿Quizá sería más fácil tomar por asalto el campamento donde se hallaba Udo Krimm y su horda de mercenarios?

Yusuf Suleiman le estaba diciendo algo, y Brigitte se dio cuenta de que se había abstraído demasiado. En el momento en que iba a decirle algo ambiguo para salir del paso, percibió en su muslo izquierdo la suave vibración de la pequeña radio especial que le habían facilitado sus Simones.

—¿Me dispensará unos minutos, Yusuf? —pidió simpáticamente

—. La verdad es que me he distraído porque me está molestando cierta… urgencia fisiológica. ¿Podría una de sus esposas indicarme el cuarto de baño?

—¡No faltaba más!

Dos de las preciosas jovencitas rubias acompañaron a Brigitte al interior de la casa, y al poco la espía se hallaba en un fastuoso y gigantesco cuarto de baño decorado con plantas y cristaleras de colores que daban al sol reflejos de inusitada belleza.

Brigitte pulsó la llamada de su radio, y susurró:

—¿Ocurre algo malo?

—Ah, pensábamos que no había captado la llamada… Bueno, malo no sabemos, pero sí son novedades: han aparecido unos personajes por el campamento de Udo Krimm. En estos momentos están con él.

—¿Quiénes son? ¿Los conocemos?

—Por ahora son completamente desconocidos para nosotros, pero nos interesaremos por ellos. Son cuatro sujetos que han llegado en un viejo automóvil Ford modelo Granada. En la opinión de los muchachos que tenemos vigilando el campamento de Krimm, esos cuatro sujetos no son mercenarios…, pero sí gente de cuidado; al menos, tres de ellos.

—O sea: ¿un personaje importante y tres guardaespaldas?

—Eso es lo que pensamos.

—No los pierdan de vista. Quiero saber adónde van cuando terminen su visita a Udo Krimm.

Se llamaba Oswald McNully, y en verdad tenía un trabajo bastante comprometido: recorrer África de un lado a otro como pagador de la «Compañía». Y no sólo como pagador, sino como representante del más alto nivel del grupo directivo de la «Compañía». En realidad y en resumidas cuentas, McNully era el jefe directo de la parte visible de la organización a la que, por llamarla de algún modo, sus secretísimos jefes habían puesto el nombre de «Compañía».

Por ejemplo, comparado con él, Udo Krimm era un desgraciado, un simple peón en aquella brega. Incluso el emir Yusuf Suleiman, que tan importante había sido o parecido hasta entonces, era bien poca cosa comparado con él, con Oswald McNully. En fin, que el señor McNully tenía un buen empleo y más poder del que muchas personas eran capaces de asimilar.

Pero no era guapo, y él lo sabía. A veces podía ser simpático, y hasta interesante, pero no era guapo. Por eso, cuando la bellísima rubia de ojos verdes le sonrió, McNully tardó un poco en reaccionar.

Lo primero que hizo fue mirar a ambos lados, y, tras convencerse de que estaba solo en aquella parte del mostrador, y que por tanto la sonrisa era para él, volvió a mirar a la rubia con cierta expectación.

Ella volvió a sonreír, y McNully ya no tuvo ninguna duda: aquella sonrisa deliciosa era para él.

Todavía, por un instante, la alarma sonó remotamente en los circuitos de McNully; algo así como un recordatorio de que estaba metido en un gran asunto y que no debía complicarse la vida con expansiones o distracciones que, además, podían ser una trampa. Pero, al mismo tiempo, McNully estaba harto de África, de las mujeres de África, y de los tipos como Krimm, que vivían en África a la espera de convertir el continente en una pura mierda. La perspectiva de relacionarse con una muchacha europea, incluso posiblemente francesa, y sin duda alguna con clase y estilo, fue una tentación demasiado irresistible.

De modo que tomó su copa de martini y se acercó a la muchacha, mirándola a los ojos y sonriendo. Se detuvo ante ella, y amplió su sonrisa de conejo perverso.

—Hola —saludó en francés, con la esperanza de que ella fuese incluso de la mismísima París—… Si la hubiera visto antes la recordaría, pero como no es así, no la recuerdo. Sin embargo, para la próxima vez sí quisiera poder decir eso de «¿verdad que nos conocemos?».

La rubia quedó atónita. Luego, se echó a reír, y dijo, en un delicioso francés:

—¿Por qué supone que alguna vez volveremos a vernos?

—Porque soy un hombre inteligente. Y sólo un tonto no se las arreglaría para volver a verla a usted otra vez… y muchas más veces. ¿Le apetece tomar algo?

—Oh, sí, gracias. Champán, por favor.

McNully asintió, y tras atraer al camarero con un gesto pidió «champán para la señorita; francés, naturalmente». El camarero asintió y se alejó. McNully miró siempre sonriente a la rubia.

—Es lo bueno de alojarse en hoteles caros: sabes que puedes pedir cualquier cosa y obtenerla —comentó—. ¿Hace mucho que está usted alojada en el El Mohara?

—Poquísimo. En realidad, he llegado esta misma tarde, hace apenas una hora.

—Entonces le llevo muy poca ventaja. —McNully se acomodó en un taburete tras colocarlo junto al que ocupaba la rubia—. Me pareció más relajante y confortable instalarme aquí que uno de los hoteles de Casablanca. Y solamente estamos a veinticinco kilómetros de la ciudad.

—Lo mismo pensé yo —dijo la rubia—. Y además, ¡me encantan los hoteles rodeados de palmeras y ubicados en la playa, tan cerca del mar! ¿No le parecen a usted encantadores?

—Mucho. No considere mi pregunta impertinente, es sólo que me encuentro muy sorprendido: ¿está usted sola en el hotel?

—Así es.

—No es frecuente encontrar mujeres tan hermosas sin su correspondiente acompañante.

—Ya tengo acompañante… ahora —sonrió ella—. Y todavía resultaría más encantador si tuviera usted coche.

—Tengo coche —asintió McNully, fascinado—. Pero no se me ocurre por qué le parece encantador.

—Porque si hay algo que me encante en la vida es pasear en automóvil de noche y a la luz de la luna por una carretera que discurra junto al mar.

El camarero llegó con el champán para la rubia, que bebió un sorbito, hizo un gesto como de hallarse en el cielo, y bebió otro sorbito. El sistema de alarma, que normalmente funcionaba muy bien en Oswald McNully, había quedado desconectado, ya ni se acordaba de quién era él, qué había acudido a hacer por aquella parte de África desde su base fija en Marraquex, y, lo peor de todo, ni siquiera se acordaba que estaba metido en un asunto grande que requería mucho control, mucha discreción, y mucha desconfianza. Sobre todo, mucha desconfianza. No se acordaba de nada, sólo veía a una muchacha hermosísima que parecía prometerle el cielo o poco menos.

—Si le parece —murmuró—, podemos ir a terminarnos el champán mientras damos un paseo con mi coche… a la luz de la

luna.

—¿De verdad? —Exclamó ella—. ¿Se tomaría esa molestia por mí?

—No será ninguna molestia —aseguró McNully, mirando el escote perfumado de la rubia—. Todo lo contrario.

Ella volvió a sonreír. McNully llamó al camarero de nuevo, le dio unas instrucciones, y al poco ya tenía la botella de champán y dos copas en una discreta bolsa de papel. En el momento en que la cogía, un sujeto que parecía una montaña rodante se colocó junto a él. Era enorme.

—¿Ocurre algo, señor McNully? —inquirió.

—¿Eh…? Ah, Karl… No, nada. Quedaros por aquí tomando unas copas. Ya nos veremos luego.

—¿Quiere decir que va a algún sitio sin nosotros?

Oswald McNully miró hacia una mesa sentados a la cual había otros dos sujetos menos enormes que el llamado Karl, pero sin duda igualmente fuertes y de catadura poco amistosa. Tal vez podían engañar a algún ingenuo, pero no a un profesional de la vida aventurera: eran guardaespaldas. McNully soltó un gruñido y dijo:

—Eso he querido decir. Daré un paseo por la playa.

—Me quedaré yo, por si llaman desde Marraquex —dijo Karl—, pero Sutter y Marini le seguirán.

—No hace falta —gruñó McNully—. Quedaros aquí, eso es todo.

La rubia, que miraba sonriente de uno a otro, amplió su sonrisa cuando McNully le hizo un gesto y le tendió la mano. Ella descendió del taburete, quedó muy cerca de Karl, y lo miró como asustada por su elevada estatura. Era un gesto simpático, pero Karl no sonrió. Quedó ante el mostrador, como un gigantesco sequoia plantado, viendo alejarse a la rubia y a McNully. De pronto, miró a los otros, y les hizo una seña. Inmediatamente, los llamados Sutter y Marini se pusieron en pie y salieron del bar del hotel El Mohara en pos de McNully y la rubia.

Karl quedó unos segundos pensativo. Luego, salió del bar y fue a uno de los teléfonos con línea directa que había en el vestíbulo. Él cobraba, y muy bien, por proteger de percances peligrosos a Oswald McNully, y aquella rubia no le gustaba. Es decir, vaya si le gustaba, pero lo que estaba ocurriendo no le parecía normal, de modo que avisaría a Marraquex de…

Ni siquiera llegó a marcar el segundo dígito en el teléfono. Ante él se colocó un sujeto alto, delgado, rubio y con expresión de muy mala uva, que le dijo, en inglés:

—Si no me acompañas, te vas de aquí directo al infierno.

Karl se detuvo. Se quedó mirando al sujeto desconocido. Luego, miró a derecha e izquierda, y vio a los dos atletas vestidos irreprochablemente que, separados uno del otro, le miraban a él con fijeza, estirados sus labios en una leve y cruel sonrisita. Karl palideció. El otro entornó los ojos, y dijo:

—Camina hacia la puerta y gira hacia la derecha en el jardín; es decir, hacia la parte donde no está la piscina.

Karl echó a andar. Salió del hotel, giró a la derecha, y se adentró en el jardín. La luz de la luna llegaba desde el mar como un insólito faro. Karl llevaba una pistola, naturalmente, pero tenía la absoluta certeza de que apenas hiciera un gesto para tocarla era hombre muerto…

De repente, tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba una bomba. Desapareció la luna, pero ante sus ojos explotaron miles de estrellas y volcanes. El segundo golpe lo sumió en una total y sobrecogedora oscuridad.

—Vaya bestia enorme —comentó alguien, en inglés.

—Vamos a atarle las manos con la corbata y lo meteremos en el coche. Y asegurémonos de que nuestros compañeros no tienen problemas con los otros dos.

Los otros dos, es decir, Marini y Sutter, habían salido de los límites del hotel, contemplando irritados cómo se alejaba el coche conducido por McNully y llevando con él a la rubia.

—Tendríamos que coger cualquier coche de los que hay por aquí y seguirlos —dijo Sutter.

—Bah, seguramente no vale la pena: McNully va a meterle un polvo a la rubia, eso es todo.

—Como si quiere meterle seis —gruñó Sutter—. Vamos a ver qué coche podemos llevarnos.

Se volvieron…, y se quedaron mirando al sujeto que se había acercado a ellos sin que lo detectaran. El sujeto les sonrió, sacó un encendedor, y prendió el cigarrillo que tenía entre los labios. Muy cerca, otros cuatro encendedores mostraron el pequeño resplandor de sus llamas. Sutter y Marini las vieron, y de nuevo miraron al

hombre que tenían enfrente. Debía de ser muy simpático, porque volvió a sonreír, y dijo, mientras expelía el humo:

—Si caminamos unos doscientos metros encontraremos una camioneta dentro de la cual estaréis como invitados y hasta podremos charlar como buenos amigos. Ahora bien, si preferís unas cuantas patadas en los cojones, o unos cuantos balazos en las tripas, podemos empezar ahora mismo.

Sutter y Marini eran profesionales. Sabían cuándo las cosas no estaban a su favor. De modo que echaron a andar hacia donde les indicaron que estaba la camioneta.

McNully detuvo el coche, y se quedó mirando maravillado a la simpática rubia.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas —indagó.

—Monique. ¿Por qué has detenido el coche?

—Se me ha ocurrido que quizá te gustaría pasear por la playa y terminarnos el champán sentados frente a las olas.

—Qué idea tan maravillosa —dijo ella, entusiasmada, deslizando una mano por encima del muslo derecho de McNully.

Éste se estremeció, salió del coche, y lo rodeó rápidamente, para abrirle la portezuela a Monique, que se apeó mostrando la belleza de sus piernas, deslumbrante a la luz de la luna. McNully la tomó de un brazo para ayudarla a descender el leve desnivel desde la carretera a la arena. Caminaron hasta la orilla del mar, cuya belleza parecía fascinar a la rubia Monique. McNully dejó la bolsa con el champán sobre la arena, y, sin más requisitos, colocó ambas manos sobre los pechos de Monique, parcialmente visibles por el escote.

—Tú y yo vamos a ser muy buenos amigos —susurró.

Monique sonrió una vez más. De pronto, le aplicó a McNully un tremendo rodillazo en los testículos, haciéndole lanzar un bramido de dolor mientras se doblaba sobre sí mismo y retrocedía, tambaleándose. Alzó como pudo la cabeza, y jadeó:

—Pero… maldita sea… ¿estás loca?

Talmente pareció que la rubia efectuase un elegante paso de baile sobre la arena. McNully vio y no vio su pie, que se movió con velocidad centelleante. Lo que sí percibió perfectamente fue el impacto del pie en un lado de su frente. Pareció que el mundo estallaba…

Cuando despertó todavía tardó unos segundos en recuperar la

plena noción y recuerdos de los acontecimientos. Se sentó de un salto en la arena, y entonces vio a la rubia, sentada cerca de él y bebiendo una copa de champán. De otro salto, McNully se colocó de rodillas, tendió sus manos hacia la rubia, y barbotó amenazadoramente:

—Puerca de mierda, te voy a…

Se sintió alzado con tal fuerza que pensó que iba a ser catapultado hacia el cielo. Pero no sucedió así. Simplemente, se hallaba colgado de las manazas de dos sujetos jóvenes y atléticos. Y todavía apareció otro hombre, algo mayor, que preguntó:

—¿Ha terminado de beber champán?

—En efecto, Simón. Y ha resultado encantador. ¿No les gusta contemplar el mar a la luz de la luna?

—Es muy bonito —dijo uno de los jóvenes atletas.

—Yo prefiero tomar el sol —dijo el otro.

—Ah, yo también —exclamó la rubia—, pero ahora no hay sol, de modo que nos queda la belleza de la luna. ¿Usted qué prefiere, Simón: el sol o la luna?

—Depende de cuál sea mi actividad en esos momentos —replicó el hombre de más edad—. Bueno, ¿nos vamos o no?

—Sí.

El llamado Simón se volvió hacia McNully, que creía estar sufriendo pesadillas o alucinaciones, y, sin más, le aplicó un puntapié en los testículos que lo sumergió de nuevo en el mundo de las sombras.

—No lo maltraten demasiado —dijo Monique—: tiene que estar en condiciones para explicarnos muchas cosas.

Capítulo VIII

El pasmo del emir Yusuf Suleiman era grande y absoluto. Apareció ante su visitante todavía envolviéndose en una bata y con expresión de sueño en sus oscuros ojos.

—Señorita Montfort —exclamó—… ¿Qué ocurre?

—Creía que éramos buenos amigos, Yusuf, y que nos llamábamos por nuestros nombres —sonrió Brigitte Montfort.

—Sí… Claro, naturalmente. Pero… ¿qué ocurre?

Brigitte iba a contestar cuando aparecieron por detrás del emir tres de sus jóvenes, bellas y rubias esposas, prácticamente desnudas. El secretario, así como los dos miembros de la guardia nocturna del palacete que lo habían despertado para que a su vez avisara al emir de la visita inaplazable, permanecían a un lado. Por los amplios ventanales se veía la luna y llegaba el olor de los pinos.

—¿No le han dicho que mi visita era cuestión de vida o muerte? —preguntó por fin Brigitte.

—Sí, pero… ¡Por Alá, son casi las tres de la madrugada y aparece usted para hablarme de la vida y la muerte…!

—¿Conoce a un hombre llamado Oswald McNully? —cortó Brigitte.

Yusuf quedó como paralizado, mirándola fijamente. Tras unos segundos de tenso escrutinio, parpadeó y musitó:

—¿Y usted? ¿Lo conoce?

—No personalmente —mintió Brigitte—, pero sí tengo algunos amigos que se mueven en el mismo ambiente que McNully. Gracias a eso he podido acceder a una… información que le interesa conocer: mañana por la noche pretenden asesinarlo a usted.

—¿Quién? —Entornó los ojos el emir—. ¿McNully?

—No. El plan pretenderá realizarlo un hombre llamado Udo Krimm que, al frente de unos treinta mercenarios, está ahora acampado a unos cuantos quilómetros de aquí. McNully le ha traído

a Krimm la orden de que prepare su asesinato e, inmediatamente, con sus hombres, abandone la zona. Tenían que haberlo hecho esta misma noche, pero Krimm dijo que prefería aplazar un día el asunto, para asegurarse de que no dejaba rastros en el campamento y preparar la retirada de todos sus hombres y de él mismo de la zona de Casablanca sin un solo fallo. Al parecer, con anterioridad, Krimm había llamado a McNully a Marraquex, para decirle que usted estaba en evidencia, igual que Nemo Sartorius. McNully pidió instrucciones y le dijeron que encargase a Krimm y sus hombres que lo eliminaran a usted y desaparecieran. Así pues, mañana por la noche Krimm piensa asaltar esta casa con sus hombres, y hacer una escabechina con todos ustedes. McNully ha explicado también que trabaja para la «Compañía», que es la que le ha dado esas instrucciones para que las traspasara a Krimm. ¿Me ha entendido usted?

El emir de Akra se había sentado en un suntuoso sofá repleto de almohadones forrados de seda, satén y tejidos de Damasco. El silencio en el gran salón era total.

—O sea —susurró tras un reflexivo silencio Yusuf—, que la CIA ha capturado a McNully y lo han estado torturando hasta conseguir que explicara todo eso.

—Yo no he dicho nada de torturas —rechazó Brigitte—… ¡Y mucho menos, de la CIA!

—Usted comentó que tiene amigos en la CIA.

—Tengo amigos en muchos sitios, Yusuf.

—Entonces… ¿no es la CIA la que ha capturado a McNully?

—Claro que no.

—¿Quién lo ha capturado?

—No lo sé. Escuche, en mi profesión, como en otras muchas, hay una especie de… línea secreta de comunicaciones; a veces, ni siquiera podemos entender cómo nos hemos enterado de las cosas, pero el hecho cierto es que así sucede. Yo he creído que debía advertirle, Yusuf, eso es todo.

—Se lo agradezco de todo corazón —sonrió de pronto el emir—. ¿Puedo, además, agradecérselo de alguna otra manera?

—La verdad es que sí —rió Brigitte—: ¡me muero de ganas de saber qué es eso de la «Compañía»! ¿No querría usted decírmelo? Al parecer, McNully sólo sabe que es un grupo de personas o entidades

privadas que pueden disponer de muchísimo dinero, y que lo han reunido para afrontar la compra de varios miles de carros de combate a fin de realizar sus planes. ¿Qué planes? ¿Quiénes son esas personas o entidades tan… importantes y ricas?

—Los planes ya se los expliqué a usted: utilizar los carros de combate como tractores para introducir en África el principio de un gran progreso.

—¡Oh, vamos, Yusuf…!

—En cuanto a esas personas o entidades, pues… yo tampoco sé quiénes son.

—¡Claro que tiene que saberlo, si trabaja para ellos!

—Yo no trabajo para nadie —dijo orgullosamente el emir—. Digamos que nuestras ambiciones eran coincidentes y unimos nuestras fuerzas.

—¿Eso cree? Pues escuche lo que yo he deducido: usted, que conocía hace tiempo a Sartorius, decidió utilizarlo como pantalla para la compra de esos carros de combate, porque sabía que él no se negaría a ayudar en un proyecto como el que usted dice. Pero usted, evidentemente, le mintió, para utilizarlo, para manipularlo. Es lo mismo que ha hecho la «Compañía» con usted: prometerle qué sé yo para que sea usted la pantalla de ellos del mismo modo que Sartorius era la de usted. Pero como usted ha quedado en evidencia, ya no les sirve. ¡No me diga que no puede usted entender esto, Yusuf!

—Según parece, me considera usted un pobre tonto.

—Digamos que ha estado haciendo el tonto. No sé qué promesas le hizo la «Compañía», pero sí sé ahora que no piensan cumplirlas, que lo que han ordenado es su muerte. El emir Yusuf Suleiman será eliminado y la «Compañía» buscará otro personaje que ocupe su lugar. Yusuf, ¿quiénes son, dónde están?

Los párpados del árabe se habían entornado tanto que apenas se distinguía el brillo de los ojos entre ellos.

—¿Realmente no está interviniendo la CIA? —preguntó—. Esos amigos de usted de los que habla… ¿no son la CIA?

—No.

—¿Quiénes son, entonces?

—No tengo la menor intención de decírselo. Mi discreción profesional ha sido siempre…

—Que ella no salga de aquí —dijo secamente Yusuf Suleiman—. Y dad la orden de movilización general: ¡vamos a ir todos al campamento de ese hijoputa de Krimm, a darle una lección! ¡A él y a esos perros de la «Compañía»! ¡Yo les enseñaré a jugar con Yusuf Suleiman!

—¿Vamos nosotras también? —preguntó una de las rubias y encantadoras esposas.

—Sí, desde luego. —De pronto el emir soltó una carcajada—… ¡Desde luego que sí! ¡Precisamente, vais a ser mi mejor arma en este asunto! ¡Ese puerco se va a llevar una buena sorpresa!

Las jóvenes y bellas esposas rubias sonrieron como si acabaran de darles un premio. Brigitte, que las miraba con renovada atención, captó en sus ojos unos destellos realmente inesperados de crueldad, de extraño goce.

Dejó de mirarlas cuando, de pronto, el emir, todavía sonriendo, se plantó ante ella y le tomó el rostro entre sus enjoyadas manos con gesto pretendidamente afectuoso.

—En cuanto a ti, bella y siempre admirada americana, no sólo me dirás dentro de poco de dónde y cómo has obtenido toda esa información, sino que te convertirás en mi esposa número trece…, aunque seas morena y me dures poco tiempo.

A partir de ese momento todo fue confusión, ya no se oyó una conversación clara y concreta, sino voces y ruidos confusos. Dentro de la camioneta, el silencio era tenso y como de tumba. Por fin, Simón-Casablanca murmuró:

—Ella tenía razón: ese chiflado no va a hacerle daño directamente ni inmediatamente. Antes de ocuparse de ella pretende eliminar el peligro inmediato que para él significa Udo Krimm.

—Es decir —aclaró otro de los Simones que había en la camioneta—, que tal como previno Baby, el propio emir nos va a ayudar a quitar de en medio a Krimm y sus mercenarios asesinos.

—Parece evidente —intervino otro—. Ahora, lo único que debe preocuparnos es saber qué pretende hacer el emir con Baby, y cuándo.

—Maldito emir —jadeó Amur—… ¡Mis amigos y yo debimos matarlo a él en lugar de ir a Roma a por nuestro maestro…!

—Tranquilos todos —dijo Simón-Casablanca—. Manejar a Baby

no es tan fácil como ese emir se está creyendo, de modo que vamos a hacer lo que ella nos ordenó: esperar la reacción de Yusuf Suleiman, es decir, dejarle ir a por Krimm y su pandilla de sicarios, y permanecer a la expectativa en todo momento, esperando sus nuevas instrucciones.

—¿Cómo nos va a dar ella nuevas instrucciones si está prisionera de ese maldito? —barbotó Amur.

Los cuatro agentes de la CIA que había en la camioneta se quedaron mirando estupefactos al joven Amur Omara. Por fin, uno de ellos soltó una risita, y los demás sonrieron.

—Habría que preguntarse quién está prisionero de quién, Amur —dijo Simón-Casablanca—. Baby lleva escondida esa pequeña radio gracias a la cual lo estamos oyendo todo, y por medio de la cual, si en determinado momento nos necesita de modo inmediato y directo, puede hacérnoslo saber. Hasta entonces, dejaremos que, tal como ella previno, el emir y Krimm se hagan trizas uno al otro. Mientras tanto, y por mucho que ese emir crea tener prisionera a Baby, lo único que está ocurriendo es que ella quiere sonsacarle, a las buenas si es posible, quiénes son las personas o entidades que están financiando la compra de miles de carros de combate y con qué verdadero objetivo…, aunque es fácil presumir que no los quieren para utilizarlos como tractores, sino como lo que son: máquinas de guerra. Además…

—Hay mucho movimiento —dijo el agente de la CIA que atendía el servicio de escucha general en el palacete—… Por lo menos cuatro vehículos han sido puestos en marcha.

—Van a salir… Van a por Krimm. Estemos atentos.

Tan sólo medio minuto más tarde, por las rendijas de la camioneta preparadas para la vigilancia visual directa, vieron aparecer los cinco vehículos circulando silenciosamente por la solitaria avenida.

Había dos automóviles de lujo, uno más grande pero más sencillo, y dos grandes camionetas blancas sin distintivo alguno. Los cristales de los dos automóviles de lujo eran reflectantes, de modo que resultaba imposible ver quién viajaba en ellos. Pero, apenas los cinco vehículos habían desparecido en el cruce con el Boulevard de Strasbourg, girando a la derecha, el agente que atendía la radio dijo:

—Ella va en uno de esos vehículos. La señal se va alejando.

—Iremos tras ellos, pero a distancia —dijo Simón-Casablanca—. A fin de cuentas, ya sabemos adónde van.

—Por Alá —parecía alucinado Amur Omaran—, ¡menudo cisco se va a armar en ese campamento! Hay allá nada menos que treinta mercenarios, el emir se lanza contra ellos con sus huestes…, y antes del amanecer también habrá llegado allá mi amigo Kebir con sus nómadas… ¡Menudo cisco!

Los agentes de la CIA se miraron unos a otros, y por fin el más joven de todos torció el gesto y dijo:

—Al menos, esperemos que, matándose unos a otros, el emir y su gente se carguen a ese Krimm… ¡que ya le teníamos ganas!

Udo Krimm abrió los ojos de pronto, al oír el sonido del claxon. Estuvo un instante como en suspenso, y acto seguido se sentó rápidamente en el catre. Justo entonces entraba en la tienda de campaña uno de sus hombres, abrigándose con la gruesa chilaba y sosteniendo la metralleta en una mano.

Por la rendija de la lona, Krimm divisó la incipiente y pálida luz del amanecer.

—¿Qué ocurre, Sturges? —Gruñó.

—El emir está ahí. Acaba de llegar. Dice que quiere hablar contigo…, y no parece tener mucha paciencia.

Krimm entornó los párpados. Su mente de asesino y estratega comenzó a trabajar rápidamente. ¿Qué podía significar la visita del emir a aquella hora? Llegó a la veloz conclusión de que podían ser tantas cosas que él no tenía la menor probabilidad de adivinar cuál era la auténtica. Pero una cosa era segura: el emir no podía saber que McNully había ordenado su muerte. O sea, que había acudido al campamento por cualquier otro motivo. Pues muy bien, estupendo, ya que el propio emir se ponía a tiro él se iba a ahorrar la molestia de invadir el palacete aquella tarde.

Se lo ponían fácil. Demasiado.

Así que Krimm todavía desconfió.

—¿Con quién viene?

—Dentro del coche con él hay tres de sus hombres y una mujer.

—¿Una mujer de cabellos rubios? —exclamó Udo Krimm.

—No. Sus cabellos son negros.

—Ah. Ya. Hum… Bueno, voy a salir. Pero avisa a los demás que

mantengan bajo vigilancia el coche del emir, y a la menor señal de alarma o sospecha que lo fríen a tiros.

—Podemos cargárnoslo fácilmente, sin más, y asunto terminado —sonrió Sturges.

—Espera. Quiero saber qué ha venido a decirme. En este trabajo nuestro las cosas pueden cambiar de un momento a otro. Quiero escuchar a ese árabe.

Salió del catre, se puso una de las viejas chilabas que había amontonadas en un lado, y, tras empuñar una pistola y esconder la mano en la amplia manga, salió de la tienda. Vio el negro automóvil del emir a unos veinticinco metros. Sturges se acercó a uno de sus compañeros de guardia, y le susurró algo, encaminándose inmediatamente hacia donde había otro con la mirada fija en el lujoso vehículo del emir Yusuf Suleiman.

Krimm esperó todavía algo más de un minuto antes de echar a andar hacia el automóvil. Se hallaba a unos diez metros nada más cuando le llegó la voz de Yusuf:

—¡Krimm, dese prisa!

Udo Krimm sonrió apretadamente. Recordaba el trato entre despectivo y furioso de que había sido objeto por parte del emir cuando llegó huyendo de Roma. El emir le había dicho que fuese al campamento y esperase allá sus instrucciones, con los demás… Lo había tratado como a un perro.

«Yo te voy enseñar a ti, moro de mierda», pensó rencorosamente el mercenario.

En ese momento se abrió la puerta delantera derecha del coche del emir, y la lívida luz de la amanecida se reflejó en el cañón de la metralleta. Krimm quedó con la mente en blanco durante una fracción de segundo. Acto seguido, comprendió. Su rostro se crispó, su boca se abrió, su mente formuló la orden de disparar con la pistola que llevaba oculta en la manga…

Los disparos de la metralleta reventaron el silencio… y el cuerpo de Udo Krimm, que comenzó a retorcerse y moverse como siguiendo el compás de un desquiciado baile que sólo él entendía. La chilaba mostró enseguida los agujeros de las balas, que pronto parecieron flores rojas. Salpicaduras de sangre aparecían por todos lados del cuerpo de Krimm, y su rostro, que recibió en velocísima sucesión cinco impactos, se convirtió en una horrenda máscara roja

de ojos reventados.

Todavía estaba bailando Krimm al impulso de las balas que lo acribillaban cuando comenzó a oírse el rugir de otra metralleta, y dos de los hombres de vigilancia en el campamento fueron barridos como basura. Sturges comenzó a gritar…, y dos balas penetraron por su boca y le salieron por la nuca, llevándose parte de su destrozado cerebro.

—¡Cierra esa puerta! —Gritó el emir—. ¡Pronto!

El guardaespaldas que había acribillado a Krimm se metió dentro del coche, cerrando la portezuela. Justo a tiempo, pues algunas balas comenzaron a llegar al vehículo…, para rebotar en su inexpugnable blindaje. Yusuf Suleiman emitió unas risitas de burla, y miró a Brigitte, sentada junto a él en el asiento del fondo. En el asiento medio del vehículo, los dos guardaespaldas, uno de ellos colocando un nuevo cargador en la metralleta, el otro esperando el momento de intervenir. Al volante, el chófer y, por supuesto, también guardaespaldas del emir.

—¡Ahora viene lo bueno! —Exclamó éste, dando unas palmaditas sobre un muslo de Brigitte—. ¡No se lo pierda!

La señorita Montfort contemplaba el espectáculo sangriento que se estaba produciendo alrededor del coche del emir. Por todas partes aparecían mercenarios armados, algunos ya disparando aunque al principio no sabían bien contra qué, y haciéndolo enseguida contra el coche del emir, que seguía riendo.

Era muy divertido.

Los hombres de Yusuf Suleiman, que habían llegado al campamento deslizándose por el áspero suelo, disparaban ahora desde sus ocultas posiciones contra los mercenarios que iban apareciendo, abatiéndolos a racimos, sin consideración alguna. Y no sólo esto, sino que de pronto llegó al campamento una de las camionetas blancas y sin distintivos, sus puertas de atrás se abrieron, y las rubias, bellas, encantadoras esposas del emir saltaron a tierra metralleta en mano y su unieron a la ejecución de los hombres de Krimm, riendo con tal expresión de gozo que puso de punta los pelos a la espía internacional.

—¿Verdad que es sorprendente? —Reía jubilosamente el emir—. ¡No sólo son mis esposas, sino las mejores guardaespaldas que pudiera desear! ¡Y cómo les encanta tomar parte en acciones como

la que estamos viendo…!

Pero no vaya a creer que por eso son insensibles al amor, oh, no, les encanta hacer el amor… ¡Tienen unos orgasmos deliciosos! ¿A usted le gusta tener orgasmos, señorita Montfort?

—A veces —replicó serenamente Brigitte—. Depende.

—¡Ellas siempre están dispuestas! ¡Hacer el amor y matar es lo que más les gusta! ¿No le parece que tuve una buena idea? En lugar de rodearme de esposas… digamos convencionales, preferí esposas especiales. Le explicaré por qué: las esposas convencionales, nunca sirven realmente para nada más que hacer el amor, y tarde o temprano le ponen cuernos a uno con quien sea: con el secretario, con los guardaespaldas, con cualquier empleado o cualquier desconocido que aparezca… Son unas perras desleales e inútiles. De modo que me dije: ¿por qué mantener esposas inútiles e infieles, por qué no procurarme… unos servicios mejores, más útiles y más leales…, aunque sea a cambio de dinero? A fin de cuentas, ¿acaso no me cuesta dinero todo? ¡Pues cuando menos, vamos a dejarnos de comedias de amor, vayamos a lo práctico! De modo que me busco jovencitas encantadoras, las tiño de rubio, les digo que conmigo se van a hacer ricas para el resto de su vida si me son fieles y útiles…, y ya puede comprobar los resultados.

—Son simplemente unas asesinas.

—Ah, claro, por supuesto. Así ha de ser: encantadoras muchachitas ardientes y apasionadas que me complacen sexualmente y que son capaces de matar a quienes yo les indique. ¡Y lo bien que se lo pasan ellas!

Brigitte dejó de mirar los saltones ojos del emir para regresar su atención a la masacre que se estaba produciendo a su alrededor. Es decir, que ya se había producido, pues había aparecido la otra camioneta con el resto de la guardia del emir, y los últimos sicarios de Krimm eran eliminados sin piedad alguna. El campamento era un horror de sangre, un montón de cadáveres destrozados a balazos.

Pero no sólo habían muerto los compañeros de Udo Krimm y éste mismo, sino también hombres del emir, varios de los cuales yacían cara al dorado sol que comenzaba a asomarse como cautamente… Una de las rubias esposas del emir yacía boca abajo sobre la tierra que iba empapando con su sangre, y otra, sentada en el suelo, se contemplaba, atónita, el tremendo boquete producido

en su vientre por varias balas agrupadas.

De nuevo miró Brigitte al emir.

—Me parece —murmuró— que no son sólo ellas quienes se lo pasan bien.

—¡Por cierto que no! ¡Yo también me divierto! ¡Por eso acepté enseguida la oferta que vinieron a hacerme! ¡Todo el continente africano bajo mi gobierno! ¿Se da cuenta? ¡Yusuf Suleiman, el Gran Emir de África!

—Suena bien.

—¿Verdad que sí? Me dijeron que sólo tenía que dar la cara, y que siempre sería así: aunque siempre pusieran ellos el dinero y aunque siempre fuesen ellos quienes mandasen en realidad, yo siempre sería el Gran Hombre Visible, el Gran Poderoso, el Magnífico Gran Emir de toda África…

—Y todo lo que tenía que hacer usted era comprar los carros de combate y dirigir a la gente como Krimm siguiendo las instrucciones que recibiese de parte de sus jefes y financiadores de la idea. Instrucciones que nada tienen que ver con el bienestar de África, ¿no es así? O sea, llenaba toda la costa del continente africano de carros de combate y, cuando tuviesen los necesarios, pondrían en acción a los hombres como Krimm, que, también repartidos en todo el continente, sólo estarían esperando la ocasión para subir a los carros de combate previamente armados y cargados de toda clase de armas convencionales y lanzarse a una masacre brutal de africanos de toda clase y en todos los países.

—¡Exacto! Aunque la masacre, claro, no tenía que extenderse a los árabes, que serían respetados.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque la idea consiste en convertir todo el continente africano en una sola nación islámica en la que las demás razas serían solamente esclavos. De modo que, a medida que fuésemos invadiendo y conquistando países, iríamos poniendo los cimientos para el gran país islámico.

—Ya. Y del cual usted sería el Gran Emir.

—¡Exacto!

—Ya, ya. Admirable. Grandioso. Felicidades, Gran Emir.

—¿Se está burlando de mí? —La miró amenazadoramente Yusuf.

—Dígame: ¿quién financia toda esta grotesca operación?

¿Personajes árabes de gran importancia política y económica que desean conseguir una amplia y hermosa patria islámica exclusiva?

—Exacto. Y aunque han pretendido eliminarme, yo les haré entrar en razón, a las buenas o a las malas. ¡Si alguno de ellos pretende arrebatarme el puesto de Gran Emir de África…!

—Cielos, no puedo creer lo que estoy oyendo —expresó Brigitte Montfort su auténtico asombro—… ¿De verdad se ha creído usted todo eso?

—¿Qué? ¿A qué se refiere, qué quiere decir?

—Quiero decir que si le han utilizado a usted no es porque sea listo, sino precisamente, como me está demostrando, por todo lo contrario: es usted un pobre tonto, Yusuf.

—¡Se arrepentirá de…!

—¡Vamos, no sea cretino! —Estalló Brigitte—. ¿No comprende que esto es una jugada de algún país poderoso que desea entrar en África con sus ejércitos?

—¿Qué?

—¿Realmente no comprende que ustedes no pueden apoderarse de África por muchos carros de combate, armas y mercenarios que tengan disponibles en un momento dado? Sólo se trata, en realidad, de que usted provoque tal revulsión en todo el continente africano que se justifique la llegada de poderosos ejércitos establecidos, como los de Rusia, Francia, Estados Unidos… ¿No lo comprende? Uno de los países poderosos del mundo tiene determinados y secretísimos planes de expansión mundial que no pueden comenzar hasta que sus ejércitos se hayan asentado en África… aunque aparentemente sea para pararle los pies a usted, a sus mercenarios y a la escoria de África que vayan reclutando a medida que sus carros de combate vayan esparciéndose por todo el continente. Con el pretexto de detenerlo y derrotarlo a usted, y dárselas de buenos evitando una gran masacre continental, ese país llenaría África de soldados de sus ejércitos y una enorme cantidad de armas y bases. Luego, pondría en marcha sus VERDADEROS PLANES. Usted y los importantes personajes árabes que habrían sido utilizados (unos sin saberlo ellos mismos y otros sirviendo los intereses de ese país poderoso) ya no serían necesarios. Por lo tanto, serían eliminados. Del mismo modo que sus amigos árabes han ordenado que usted sea eliminado, el país poderoso ordenaría la eliminación de todos ellos,

excepto, quizá, los que les habrían servido a sabiendas y fielmente.

Yusuf estaba aterrado.

—Usted está loca… ¡Está loca! —jadeó—. ¡Eso es tanto como decir que detrás de todo esto está Estados Unidos, o Rusia…, y que yo soy un títere de ellos, en realidad, y no un… artífice de Alá para conseguir el paraíso islámico en la Tierra!

—Vaya —dijo con sorna Brigitte—, ¡celebro que por fin lo haya comprendido!

Yusuf Suleiman quedó como si acabasen de descargar un mazazo en su cabeza. No podía creer de ninguna manera lo que le estaba diciendo aquella mujer. Pero en el fondo de su mente se agitaba el conocimiento de que «aquella mujer» era la periodista más famosa del mundo por su Sección Internacional en uno de los periódicos más importantes del orbe. Era una mujer absolutamente excepcional en todos los órdenes: periodista de gran talento y humanidad, premio Pulitzer, ex reina de Atlantic Kingdom, ex candidata a la presidencia de los Estados Unidos de América…

Afuera, de pronto, algo nuevo estaba ocurriendo: los hombres del emir eran barridos a balazos, sin que se pudiera ver la causa o el origen de aquellos disparos. Una de las blancas camionetas reventó de pronto convertida en una bola de fuego…

Los dos guardaespaldas de Yusuf, desconcertados, miraban a todos lados sin ver nada…, salvo a sus compañeros cayendo víctimas de un ataque cuya procedencia no podían localizar. Uno de ellos dijo algo de pronto, y se dispuso a salir del coche para participar en la nueva refriega…

El puño derecho de Brigitte le acertó de lleno en la sien derecha, y el hombre emitió un extraño resoplido, giró parcialmente el cuerpo, y cayó en redondo al piso del coche. El otro lanzó una exclamación, orientó la metralleta hacia la espía internacional, y apretó el disparador…, pero un instante después de que la mano izquierda de Brigitte, asiendo el cañón de la metralleta, la desviase, de modo que las balas fueron a hundirse en el extremo derecho del mullido y confortable asiento. Al mismo tiempo, el puño derecho de Brigitte golpeaba de nuevo, ahora con más fuerza que antes, de modo que la frente del hombre crujió, y la muerte le llegó de súbito.

El chófer, todavía sin dar crédito a sus ojos, estaba sacando una

pistola de debajo del asiento. Brigitte se apoderó velozmente de la metralleta del hombre que acababa de matar, le dio la vuelta, y disparó contra el árabe, haciéndolo picadillo contra el lujoso tablier del blindado automóvil especial.

Un instante más tarde, la metralleta apuntaba al rostro de Yusuf Suleiman, que no se alteró. En realidad, ni se enteró. Parecía alucinado, contemplando con su desorbitada mirada escenas a las que no tenía alcance la señorita Montfort. Ésta movió la cabeza, dejó la metralleta a un lado, y retiró la pequeña radio que llevaba escondida dentro de la braguita, entre el rizado vello sexual. La accionó.

—¿Simón?

—¡Gracias a Dios! —Aulló el hombre de la CIA—. ¿Está usted bien?

—Claro que estoy bien.

—Es que con todo este jaleo de aquí fuera no oíamos bien lo que estaba pasando dentro de ese maldito coche en el que está usted, y como los cristales no nos permiten ver lo que…

—Está bien, está bien. Supongo que lo que ocurre es que ha llegado Kebir, el amigo de Amur, y que quieren demostrarnos lo muy valientes y útiles que son.

—Sí. En realidad, esto ha terminado. La mayoría de los hombres de Krimm han muerto, el resto están malheridos, y lo mismo pasa con los hombres del emir. Somos dueños del campo.

—¿Y las rubias esposas del emir?

—Me parece que ha muerto una, y hay por lo menos tres que están heridas.

—Procuren conservarlas con vida y lo más sanas posible.

—Son de mucho cuidado, ¿sabe? —Gruñó Simón.

—Sí, lo sé. Pero no me las estropeen: tengo para ellas un proyecto encantador.

—De acuerdo. Pero ¡maldita sea mi estampa, dígame de una vez qué está pasando dentro de ese coche!

—En realidad, ya nada. Pueden venir.

Brigitte cerró la radio, sin dejar de mirar al exterior del coche; desde dentro a fuera los cristales sí permitían una perfecta visibilidad, naturalmente. El aspecto del lugar era horroroso. Aparecían ahora sujetos ataviados con chilabas que controlaban o

remataban a los supervivientes de los dos grupos contendientes inicialmente, esto es, el del emir y el de Krimm… Aparecieron Simón-Casablanca y Amur, y, junto a éste, un árabe alto, delgado, hermoso, de larga barba y ojos que parecían trozos de noche en el cada vez más luminoso amanecer. Cuando Simón-Casablanca abrió la portezuela de atrás y quedó visible la señorita Montfort, ésta pidió:

—¿Quién me da un cigarrillo?

Simón le tendió el paquete, y dijo:

—Tenemos que despejar el campo cuanto antes, pues aunque este lugar es apartado, tenga por seguro que pronto vendrá alguien. Los disparos han debido de oírse desde muy lejos.

—De acuerdo. Pero, en cualquier caso, espero que se entenderá usted bien con nuestros colegas del Moukhabarat.

—No hay cuidado. Algunos agentes marroquíes me deben pequeños favores.

—Por Alá —acertó a jadear finalmente el impresionado Amur, que logró apartar su mirada de la sangrienta escena del interior del coche—… ¡¿Qué ha pasado aquí dentro?!

—Eran tan torpes —explicó la señorita Montfort— que se han matado unos a otros. ¿Qué tal, Kebir?

—Bien —sonrió el alto y barbudo nómada voluntario—… Amur tiene razón: ¡es usted la mujer más bella del mundo!

—Muy amable. Pero supongo que no pretenderá llevarme al desierto a vivir su vida nómada.

—Me gustaría —amplió su sonrisa Kebir—, pero me parece que a usted no le hace mucha gracia esa idea.

—A mí personalmente, no. Pero descuide —sonrió la divina—, que algo se me ocurrirá para que usted y sus amigos lo pasen un poco más agradablemente en el desierto a partir de ahora.

—¿Y qué hacemos con este fantoche? —Inquirió Simón, haciendo un gesto con la barbilla hacia el emir—. Parece que se haya convertido en piedra.

—Es un pobre tonto —murmuró Brigitte—… pero peligroso. Creo que lo más adecuado sería entregarlo al Moukhabarat. Desde luego, no podemos dejarlo en libertad, pues podría volver a las andadas de algún modo.

Ah, parece que regresa a este mundo…

En efecto, Yusuf Suleiman acababa de parpadear, y, enseguida, fue evidente que captaba la realidad de su situación. Durante unos segundos todavía estuvo como aturdido, mirando a los nuevos personajes en escena y a sus hombres heridos o muertos dentro del coche.

Por fin, lentamente, volvió su mirada hacia Brigitte, que le contemplaba con curiosidad.

El emir pareció sumergirse en los bellísimos ojos azules de la espía internacional.

De pronto, dijo:

—En nombre de Alá Misericordioso… ¡muere, perra maldita!

Para sorpresa de todos, incluida la propia Brigitte, desde la manga izquierda del emir cayó a su mano una larga y estriada daga que lanzó resplandecientes llamaradas al recibir el rojo resplandor del sol. Con un gesto veloz y ferocísimo, el emir intentó degollar a Brigitte de un tajo…, y esto le costó morir, ciertamente de un modo espectacular.

La que más rápidamente reaccionó, por fortuna para ella, fue la propia Brigitte, que con ambas manos asió la muñeca del emir y desvió la trayectoria de la daga, aunque sin poder frenar su impulso; impulso que llevó la daga hacia el rostro del emir, en cuyo ojo derecho se hundió con escalofriante chasquido.

El emir lanzó un tremendo bramido al tiempo que, reaccionando, Kebir, Amur y Simón intervenían a su vez:

Kebir hundió en la garganta del emir un largo puñal, Amur le disparó dos veces en pleno rostro, y Simón le metió una bala en la frente disparando apenas desde un palmo de distancia.

Luego, los tres hombres, apartando su mirada del horrible espectáculo, la posaron en el rostro de la señorita Montfort, que estaba lívida. Pero su reacción fue instantánea.

—Despejemos el campo. Este lugar es demasiado horrible para presenciar en él tan hermoso amanecer.

Este es el final

—Sí —murmuró Nemo Sartorius—, comprendo la reacción de mis discípulos. Uno no puede ir por ir por ahí predicando la paz y el amor y comprando carros de combate, ¿verdad?

—Yo diría que no —sonrió Brigitte.

—Pero tampoco podía ir diciendo por ahí que había aceptado la propuesta de Yusuf porque, a pesar de que hacía tiempo que nos conocíamos, desconfié de lo que él me dijo respecto a los carros de combate. O quizá desconfié de él precisamente porque le conocía hacía tiempo. Y quise saber qué tramaba realmente. Esto es lo que quería decirte cuando mis discípulos me dispararon.

—O sea, que sabías que Erika era yo.

—Claro —gruñó el convaleciente intelectual—. Primero me negué a recibirte porque no quería que te mezclases en un asunto tan poco claro, pero luego, puesto que tú misma te habías metido de lleno en él, quise llevarte lejos de casa para explicártelo.

—O sea, que sabías que había agentes secretos vigilándote, incluso con material electrónico.

—Qué divertido, ¿verdad? —Sonrió Sartorius—: un intelectual pacifista controlado por un montón de espías. Y hablando de espías… ¿qué me dices de ti misma? Porque analizando lo que me has contado, el hecho de que te disfraces de rubia, eso de que un montón de hombres te rindan pleitesía… Si quieres que te diga lo que sospecho de ti…

—¿No te gustaría saber qué fue de las esposas sobrevivientes del emir? —le interrumpió, tajante, Brigitte.

—¿Qué fue de ellas? —Gruñó Sartorius.

—Se las regalé a Kebir y sus nómadas, para que calentasen sus ateridos cuerpos en las frías noches del desierto.

Sartorius quedó atónito.

Luego, soltó una carcajada.

Fin

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Poderosos en la sombra*. < <

[2] Véase la aventura titulada *Su Majestad Baby*. < <

[3] Véase la aventura de extensión doble titulada *Los dueños del sol.*
< <